

EPÍSTOLA a los CATÓLICOS Y OTRAS TRIBUS CRISTIANAS

Primera edición: Septiembre 2007

Diseño de cubierta: Sara Clavijo

La reproducción total o parcial de esta obra estará permitida
previo consentimiento de los titulares del Copyright.

© 2007 Carlos Saura Garre

© Editorial Séneca Córdoba, 2007.

Calle José Cruz Conde, 14.2ºD. 14003. Córdoba.

seneca@editorialseneca.es

ISBN: 978-84-935697-2-3

Depósito Legal: SE-5255-2007 U.E.

Imprime: Publidisa

Impreso en España. Printed in Spain

www.editorialseneca.es

carlosaura06@gmail.com

Queridos amigas y amigos:

Empezaré por explicaros la razón de esta carta, no vayáis a caer, de entrada, en el error de creerme sacerdote, predicador, gurú o fundador de alguna religión, iglesia o secta. No tengo autoridad en ninguna parte, sólo soy un maestro de escuela jubilado. Lo único que poseo es la experiencia que dan los años, y lo más importante: el haber sido un católico piadoso la mitad de mi vida. Durante algo más de treinta años he compartido vuestras creencias, he sentido la satisfacción de ser miembro de la Iglesia Católica y de servirla, me han dolido profundamente la incredulidad, los sarcasmos y los ataques directos de tanta gente, y he tenido a Jesús como amigo imaginario en el templo, en casa y en la calle.

(Aclaro: He dicho 'imaginario' en el sentido psicológico, ya sabéis, porque no era con él con quien hablaba, claro, sino con la imagen que yo tenía, y sigo teniendo, en mis neuronas). Esta experiencia religiosa, incluida mi estancia en un Seminario, es como una credencial a la hora de presentarme ante vosotros. Pero hay algo más.

La otra mitad de mi vida ha sido diferente. ¿Sabéis lo que es dar un giro de 180º? Pues eso fue lo que ocurrió. Pero no debéis llamarme ateo o agnóstico, esas palabras son tarjetas de visita equívocas, como todas las etiquetas. Simplemente no pienso como antes. Sin embargo soy el de siempre, tengo el mismo nombre, las mismas preocupaciones e idénticos sentimientos. ¿Qué ha ocurrido?, os preguntaréis. He aquí el tema de esta carta: la descripción de los avata-

res y entresijos de mi alma desde mi niñez hasta ahora mismo.

¿Y a nosotros qué nos importa?, oigo decir a algunos de vosotros. Pues absolutamente nada, por supuesto. Sin embargo, tal vez, a lo mejor, quizás, es posible que os sirva de algo: como una reflexión acerca de vuestra propia religiosidad y de la misma Iglesia Católica, veros desde otra perspectiva, mirar con otros ojos, mejor, con ojos añadidos, sumar a lo que ya tenéis otro punto de vista, qué sé yo. Se trata de la biografía religiosa de alguien que quiso ser honesto consigo mismo, tanto en uno como en el otro estadio de su vida. No encontraréis dicterios ni revanchas ni rencores, sólo una meditación tan objetiva como es posible en estos casos. Y alguna que otra sugerencia.

Dicho esto, empecemos.

Nací a finales de 1929 en un hogar de nueve hermanos; el último, para más detalle. Aunque todos andábamos bautizados, no teníamos costumbre de ir a la iglesia ni de hablar de Dios y la opinión general acerca de los curas era claramente negativa. Para más complicación, mi padre tenía en su biblioteca una obra en dos tomos enormes escrita por un cura 'renegado': *Conflictos entre la razón y el dogma*, y había leído *La conquista del pan*, del aristócrata ruso y anarquista Kropotkin, no porque mi padre fuese panadero, que lo era, sino porque se le iba el cuerpo siempre hacia la izquierda. No os extrañéis, el psicólogo norteamericano Steven Pinker, autor

de ese mamotreto tan difícil de digerir que se llama *La tabla rasa*, afirma que nuestras inclinaciones, a un lado o al otro del espectro político, son innatas. Pero a lo que vamos: lo que yo quería explicaros es que crecí en el ambiente menos adecuado para llegar a ser un creyente militante y piadoso. Y, sin embargo, sucedió. Lo único que se necesitaba era alguna circunstancia favorable, y allí estaba, en mi propia familia. Ya sé que muchos de vosotros pensaréis en una intervención divina, pero tengo mis dudas. Más adelante os diré por qué, pero ahora os cuento cómo sucedió.

La quinta hembra de nuestra larga prole familiar, siendo niña, se había encontrado, en la escuela donde estudiaba, con una maestra de la Institución Teresiana, entidad católica dedicada a la enseñanza, como sabéis. La buena mujer

descubrió las posibilidades de la criatura y se volcó en ella. Y tan bien lo hizo que su alumna acabó, con el tiempo, convertida también en una profesora de la Institución.

Mi querida hermana, que había aprendido bien la lección, se dio cuenta de que su hermano más pequeño, que entonces tenía ocho o nueve años, se encontraba en una edad más que adecuada para ser instruido en las creencias de la religión cristiana católica. Me llevaba a la parroquia para que viese a los otros niños que también se andaban catequizando, entrábamos en la iglesia y me arrodillaba junto a ella ante el Sagrario, donde me hablaba, en voz baja, del Jesús oculto en un pedazo de pan dentro de aquella caja primorosamente decorada, y me señalaba la lámpara perpetuamente encendida como testimonio de su permanente presencia. Me enseñó

a rezar, con las manos juntas y los ojos cerrados, a Jesús y a la Virgen María. Me habló de la vida, pasión y muerte de su hijo, de la Iglesia, con mayúscula, del Espíritu Santo, etc. etc. No todo en un día, claro. Fue una labor lenta y delicada, pero llena de satisfacciones para ella.

Permitidme que al llegar aquí intercale una reflexión que considero de la mayor importancia: un niño no está preparado para dudar, especialmente si lo que le dicen proviene de su familia, a la que se encuentra atado por lazos que están mucho más allá de los puramente biológicos. Un niño confía ciegamente en los adultos que le rodean en el hogar, no tiene más remedio que hacerlo, es algo innato que le garantiza la supervivencia. Esta confianza le une psicológicamente a los suyos como un nuevo cordón umbilical y le

lleva a aceptar, a interiorizar, sus comportamientos, pero también sus ideas, a menos que uno sea un rebelde nada más nacer. Es lo que suele llamarse proceso de socialización, bien estudiado por psicólogos, pedagogos, sociólogos y antropólogos. Así me ocurrió a mí con mi querida hermana. El resto de mi familia incrédula no influyó en mí de momento, pero he de advertir que sus ideas, con el tiempo, muchos años después, aparecieron subrepticamente, como luego veréis.

El caso es que mi camino estaba ya trazado, y para muchos años. Cuando llegó el momento, ingresé en las Juventudes de Acción Católica de mi parroquia. A partir de entonces, mi vida religiosa se fue enriqueciendo hasta llegar a la misa diaria, incluida la comunión, por supuesto, las

lecturas piadosas, la meditación, el rosario, las reuniones para comentar algún fragmento de los Evangelios, el director espiritual, las confesiones semanales, los Ejercicios Espirituales cada año, los retiros mensuales, las actividades con los jóvenes...

Por aquel entonces leí numerosos libros de carácter religioso, pero he olvidado los títulos y los autores, sólo me queda el recuerdo de uno de ellos, del tamaño de una octavilla, pastas duras de color oscuro y letra pequeñísima: *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis. Era, como suele decirse, mi libro de cabecera, lo leía y lo rumiaba, preferentemente en la serenidad de la iglesia, a solas ante el Sagrario y a solas conmigo mismo. Pero es curioso: a pesar de todo ese trajín espiritual con el Kempis, como lo

llamábamos coloquialmente, sólo me ha quedado de aquel librito una frase: “No eres mejor porque te alaben ni peor porque te desprecien”, y lo cierto es que ese pensamiento me ha acompañado toda mi vida, hasta hoy, ayudándome a mantener mi autoestima más o menos equilibrada. También leí *Camino*, del ahora santo Escrivá, entonces estaba de moda, pero no debió de impresionarme mucho porque no recuerdo nada de él.

Hay un dato que no quiero dejar pasar por alto porque tuvo repercusiones en mi futuro: nunca leímos la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento: el Vaticano no lo veía con buenos ojos, excepto para personas muy bien preparadas. Mi buena hermana religiosa tenía un ejemplar, supongo que formaba parte de su formación como futura

teresiana. No se me olvida el día en que ella me encontró leyéndolo: me la quitó casi de un manotazo, el ceño fruncido, la voz alterada. “¡No debes leer la Biblia, está prohibido!”. Entonces acepté la regañina, yo era un muchacho obediente y no deseaba por nada del mundo que ella se enfadara conmigo. Sólo mucho, mucho después, me pareció sensato aquella prohibición, como veréis más adelante. Así que del Antiguo Testamento sólo sabía aquello de lo que nos hablaba el maestro en la escuela: Adán y Eva, Caín y Abel, David y Goliat, Sansón y Dalila, Moisés, las plagas de Egipto, el paso del Mar Rojo, la travesía del desierto, y algunas cosas más. Era como si se tratara de un libro de cuentos y aventuras. Las películas de tema religioso hicieron el resto.

Casi sin darme cuenta, estimulado por aquella vida de piedad tan intensa, a los veinticinco o veintiséis años decidí entrar en el Seminario y hacerme sacerdote. A ese compromiso se le conocía como vocación, una palabra repleta de connotaciones religiosas: se trataba de una llamada, un reclamo de Dios a mi persona para que me dedicara a su Iglesia en alma y carne. En cierto modo me consideraba algo así como un elegido, aunque siguiera siendo una insignificante criatura. Ahora, con tanto tiempo detrás de mí, pienso que un muchacho norteamericano, uno inglés, u otro ruso, deben haber sentido lo mismo que yo cuando se hicieron pastor evangélico el uno, sacerdote anglicano el otro y el tercero pope ortodoxo. Si yo había sido 'llamado', ¿por qué ellos no? Al fin y al cabo, todos estábamos a las órdenes de la misma persona, Je-

sús, que está por encima, eso creo, de particularismos humanos.

Claro que esta reflexión nos llevaría a concluir que da lo mismo servirle en una Iglesia cristiana o en otra, algo que muchos no estarían dispuestos a aceptar, por ejemplo, los mormones de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día. Un par de esos muchachos, que vinieron a visitarme cuando se me habían volado mis creencias, me decían que la Iglesia católica era un engendro de Satanás. Así no hay forma de ponerse de acuerdo, y Jesús, estoy convencido, no lo entendería. Y a saber lo que yo hubiera hecho antes de entrar en el Seminario de haber conocido tan escalofriante noticia.

Pero no, mi formación religiosa era obra de mi católica y querida hermana, de modo que esa afirmación no me hubiese afectado en absoluto.

Cosas más perturbadoras decía el autor del libro que os referí hace un momento del cura renegado y, sin embargo, sólo sentí un desprecio total hacia ellas. Incluso, llevado por mi fervor religioso, escribía en los márgenes de aquellas páginas una crítica, que yo creía implacable, de aquellas ideas anticatólicas. Mi fiebre piadosa me llevó a escribir en mi diario personal de entonces esta frase rotunda como ella sola:

“Seré escritor porque todo mi saber lo dedicaré a esta obra magna: destruir a los ateos y moralizar el mundo”.

¡Qué presuntuoso era yo a los diecinueve años!

Cuando llegué al Seminario, sin embargo, algo se me había calmado aquella aparatosidad, el tiempo, que nunca pasa en balde, te van tranquilizando.

No llegué a ordenarme sacerdote. No obstante estuve el tiempo suficiente para estudiar dos años de filosofía y cuatro de teología, todo lo que se necesita para ejercer el ministerio. Fueron años de dedicación total, andaba empeñado en prepararme para salvar almas, que el mundo andaba bastante alejado de Dios entonces, por cierto, como ahora, Pensaba, como todos nosotros, los seminaristas, que Dios no actúa directamente sobre los humanos, sino por medio de las 'causas segundas', y yo era una causa segunda.

Pero aquí se repitió lo ocurrido durante mi estancia en Acción Católica: no llegamos a leer detenidamente la Biblia hebrea. Nos limitábamos a los llamados 'lugares teológicos', o sea, aquellos versículos que demostraban, o se pretendía que

demostraban, la tesis dogmática que andábamos estudiando. Por ejemplo, para que os hagáis una idea: Hoy toca la existencia del infierno, así que acudíamos al Antiguo Testamento y leíamos Daniel 12,2; Judit 16,17; Isaías 66,24 y algún que otro texto. Es obvio que de esta forma no hay manera de entender el Libro en su conjunto, así que ocurrió lo que ocurrió.

Os parecerá raro pero tampoco me enseñaron a rezar.

Nunca me entusiasmaron las plegarias repetidas de memoria. Afortunadamente, ya en las Juventudes de Acción Católica hacíamos algo más: meditábamos, por ejemplo, aunque nadie me explicó nunca cómo hacerlo. Huérfano de instrucciones, solía sentarme a solas en un banco de la iglesia, abría, por ejemplo, uno de los

Evangelios, leía despacio un texto, cerraba los ojos y pensaba, reflexionaba, discurría, es decir, utilizaba la imaginación, porque trataba de visualizar a Jesús actuando, vestido al modo en que lo había visto en las películas o en los cuadros (no tenía otra referencia), rodeado de otras personas en un lugar determinado (que también había de recrear). Me centraba en su modo de actuar tratando de verlo como un hombre divino que está cumpliendo una misión divina, y luego repasaba sus palabras una por una. Para terminar, buscaba la forma en que podría imitarle, salvando el abismo que nos separaba, por supuesto. Nunca supe si aquella era la forma idónea de ‘meditar’.

Otra forma de oración, más informal, era la “visita” (*voy a hacer la visita, luego nos vemos,*

era una frase que se oía a menudo entre nosotros). Sentado si tenía tiempo o de rodillas si algo de fuera me apremiaba, miraba la puerta del Sagrario y trataba de imaginarme a Jesús allí dentro. Ahora no podía recurrir a las películas, su presencia era de otra índole, ¿más espiritual?, no sé explicarlo. Visualizar a Jesús tras la puerta de una caja de pequeño tamaño ya resultaba extraordinario, pero si recuerdan que allí dentro lo que había era una copa de oro y plata, y algunos trocitos de pan muy fino, la dificultad aumentaba forzosamente. Así que, pienso ahora, imaginaba sólo una presencia, sin rostro, ni cuerpo, ni nada. Una verdadera hazaña mental. Tal vez esta forma de imaginar explicaba mis distracciones involuntarias, desde luego.

Pero bien, yo hablaba dirigiéndome a Jesús, o a lo que estaba intentando imaginar que era Je-

sús, le contaba cosas mías y de mi entorno, y le pedía por mi familia indiferente, para que se salvaran, o sea, para que no fuesen al infierno, y por mí, que necesitaba ayuda para ser fiel a su gracia. (Esto último, lo de mi familia y mi temor a perder la gracia, se me acabó convirtiendo en una obsesión, y es una de las cosas que volaron cuando se me abrieron las ventanas, por fortuna, porque quizá hubiese acabado algo neurótico).

A pesar de todo, las visitas eran relajadas y agradables, excepto en algunas ocasiones en que llegaba allí sobresaltado por los conflictos con mi sexualidad.

El rosario era lo más perturbador para mí, que odiaba repetir palabras como si fuese un loro o una de esas cinta magnetofónicas que se pueden escuchar cada vez que se te antoje, ¡pobre

Dios, condenado a oír la misma grabación, y en todos los idiomas del mundo, los mil cuatrocientos cuarenta minutos que tiene cada día!. Pero como había que rezarlo, intenté hacerlo de una forma racional, y eso fue lo que me perturbó.

A cada avemaría me situaba ante la escena de María y el ángel. Todos los artistas antiguos había pintado una Anunciación, pero mi preferida era la de Fra Angélico, así que me la representaba fácilmente: Dios te salve, María, llena de gracia, etc, decía el enviado. El final era una petición a la Virgen, y sólo requería una leve atención. ¡Qué bien!, diréis. Pues no. La representación del anuncio divino sólo duraba ocho segundos y cinco segundos más tardes había que comenzar otra vez. No había forma de concentrarse, y las cincuenta repeticiones acababan por distraerme. Lo intentaba una y otra vez (recuerden

que los misterios del rosario se rezaban todos los días), de modo que la mayoría de las veces acababa convertido en el loro o la cinta magnetofónica.

Cada año asistíamos a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Como mi religiosidad duró muchos años, imaginaos la de veces que me enfrenté a los padecimientos de Cristo, que era la parte más importante de los Ejercicios. Las descripciones que hacen los evangelistas de la Pasión son más bien sobrias: lo azotaron, lo coronaron de espinas, lo insultaron, se rieron de él, le cargaron la cruz y lo clavaron, dicho así, sin entrar en detalles. Pero el sacerdote que dirigía los ejercicios, entrenado de antemano por el santo de Loyola, debía conducirnos a una experiencia más profunda de aquellos sufrimientos. Entraba

en detalles perturbadores, algo así como aquella película de Mel Gibson, que de puro realismo exagerado resultaba insoportable. Afortunadamente, nuestra imaginación, por aquel entonces, no disponía de las secuencias de esta cinta, y nuestras representaciones eran menos incómodas, aunque la verdad es que a muchos de nosotros se nos oprimía el corazón.

Pero meditar en los sufrimientos de Jesús por un simple placer morboso no era el objetivo: cuando terminaba, el director nos invitaba a reflexionar con estas palabras: Todos nosotros, cada vez que pecamos, hacemos sufrir así a Nuestro Señor. Era el momento de enfrentarnos a nosotros mismos, y lo único que podíamos ver era un ser despreciable, sucio y odioso. Tal era la primera parte del objetivo final. Una vez que habíamos visto claramente nuestra verdadera

condición, la segunda consistía en sentir un profundo dolor, seguido de un arrepentimiento sincero y del propósito de enmendar nuestra vida vergonzosa.

Cuando acababa todo aquello, que había transcurrido en un silencio casi total, incluso antes de salir a la calle habíamos recuperado ya nuestro normalidad y charlábamos de cosas terrenales. Tanto profundizar en los sufrimientos de Jesús y en nuestra maldad se esfumaban en un santiamén. Los propósitos (nos pasábamos los días y los días haciendo propósitos) quedaban confinados a nuestra intimidad con Dios y con nuestro director espiritual.

Pero había algo en aquellas meditaciones que no me cuadraba. Lo dejé escrito en unas notas que, de vez en cuando, tomaba en el Seminario:

“Estas meditaciones sobre tu pasión, Señor, ¿por qué no me impresionan? No comprendo qué tienen que ver mis pecados con tus sufrimientos. ¿Hasta qué punto cada pecado mío te ha hecho sufrir? ¿Por qué ibas a estar pensando en mí en medio de tus sufrimientos? ¿Cómo te consoló entonces mi amor de ahora, si algún momento te he amado? Concédeme la gracia de ver qué verdad hay en todo eso, y dónde acaba la verdad y comienzan las consideraciones puramente piadosas”.

A pesar de este relámpago de lucidez, habréis advertido, por mi forma de rezar, lo lejos que andaba de aquello que el maestro Evagrio Póntico decía a sus monjes allá por el año 399: *“Cuando estés orando no formes dentro de ti ninguna imagen de la divinidad y no permitas que tu alma se*

vea configurada por la imagen de ninguna representación”.

Pero a este buen monje no lo he conocido hasta hace un rato, leyendo a Karen Armstrong (*Una historia de Dios*, 1993, Paidós).

Esta advertencia resultaba más fácil de cumplir en la misa. Era, sin duda, lo mejor de todo. Para decirlo con una sola palabra: allí me encontraba cómodo. El sacerdote oficiante llevaba el peso de la ceremonia y yo no tenía más que estar atento y responder en los momentos prescritos. En el momento adecuado, la mayoría nos acercábamos al altar para recibir la comunión, una procesión de gente recogida, que después, más recogidos aún, se repartía por sus asientos: todos llevábamos en la boca el cuerpo de Cristo sin acabar de fundirse en nuestras lenguas. Co-

mulgar tiene una segunda acepción: coincidir en ideas y sentimientos con otra persona. Comulgábamos unos con otros, no sólo con Jesús. Yo lo sentía así y supongo que lo mismo les ocurría a todos los asistentes. No me cabe duda de que la oración en común, especialmente en un templo, resultaba mucho más sencilla que aquella otra, en solitario, que obliga a concentrarse hasta un punto en el que nosotros, los occidentales, no estamos preparados. Dicen que los budistas aprenden a hacerlo mucho mejor, lo de concentrarse. A los curas se les ha escapado esta técnica milenaria. Lástima.

Como ni el párroco, ni el director espiritual me habían instruido psicológicamente para que la oración fuese verdaderamente provechosa para mí (Dios no la necesita, como sabéis), a veces,

después de pasar un rato espantando las distracciones, tenía la sensación de haber estado platicando con una pared. ¿El silencio de Dios, la noche oscura del alma? No, la pobreza de mi preparación para enfrentarme a lo que yo creía tan peliagudo como ponerse en contacto con Dios. ¡Nada menos! Ahora me doy cuenta de lo superficial que era mi religiosidad, y la actitud tan frívola con la que tantos lo intentan.

Por supuesto que hablar con Dios puede hacerse de una forma sencilla: Señor, aquí estoy, no sé qué decirte, soy una calamidad en esto de orar y no me apetece enumerarte mis faltas de hoy, me deprimen, y no he venido a eso, sólo se me ha ocurrido detenerme un momento y decirte: ¡hola!

Nosotros lo aprendimos. En aquellos tiempos, nuestro Centro Católico se vio conmocionado

por los Cursillos de Cristiandad. Duraban sólo tres días y estaban diseñados minuciosamente para impactar con la fuerza de un meteorito en los asistentes, que se elegían entre personas alejadas de la Iglesia. Ahora comprendo que aquella práctica, unos Ejercicios Espiritual condensados e informales encaminados a sentir la alegría de encontrar a Jesús sin detenerse en nuestra mala vida, se parecía a las que celebraban algunas comunidades protestantes: los asistentes se sienten exaltados, han hecho un descubrimiento sensacional, ¡hemos nacido de nuevo!, y eso lleva a una alegría jubilosa, exultante, tanto más cuanto que era compartida. En los Cursillos no se llegaba a los estremecidos temblores de los cuáqueros, pero el objetivo era el mismo: sacudir la mente con ideas novedosas y desconocidas para que se liberaran los más pro-

fundos sentimientos piadosos. Pero esto encierra un peligro: una religiosidad basada en los sentimientos es como una explosión, dura bien poco, no puede mantenerse indefinidamente, la vida diaria, con sus preocupaciones y vicisitudes, acaban al fin por imponerse.

Esto sucedió con los “cursillistas”, convertidos de la noche a la mañana en cristianos piadosos y alborotados.

Una señora de cierta parroquia, de la que más adelante os hablaré, me dijo que se puede rezar incluso sin hablar. Debe ser estupendo (nunca lo he probado), pero difícil. Debía referirse a la contemplación, algo que se les daba muy bien a los santos, especialmente si eran místicos. Leo: “Contemplación. Oración mental, no discursiva en la que se dejan a un lado los intentos de ra-

zonar, o decidir, por un sencillo volverse a Dios con amor”.

¿Qué significa volverse a Dios con amor? Puesto que no está muy claro, el autor de esta entrada, un poco después, añade que los diferentes grados o tipos de contemplación son exhaustivamente analizados en las obras de Santa Teresa y San Juan de las Cruz, pero me temo que esas experiencias tan íntimas no pueden ser intersubjetivas, así que no nos sirven de mucho. Personalmente, me daban envidia. En aquellos tiempos.

Puesto que realmente no estoy muy interesado en cómo rezáis, sólo os haré una sugerencia: dad preferencia al rezo comunitario, y si os apetece rezar a solas en algún momento determinado, coged la Biblia y leed un par de salmos, tienen suficientes proteínas para varias horas. (Pe-

ro sed prudentes, algunos de ellos son oraciones pidiendo a Dios que haga ‘desaparecer’ a quienes nos molestan). Y evitaréis divagar, hablar con una pared, intentando conversar a base de un monólogo, dos cosas, conversar y monologar, que son incompatibles.

Pero no sé a qué vienen estos consejos, no soy vuestro director espiritual, ¡Dios me libre!

La vida en el Seminario Diocesano no resultaba nada desagradable. Había encontrado nuevos amigos, muchachos que llevaban allí desde que tenían diez años, estudiaron bachillerato y ahora andaban en las clases de Filosofía, pero también alguna otra ‘vocación tardía’, como se llamaba a los que entrábamos después de haber pasado por el siglo. Aquellos ingenuos daban por supuesto que llevábamos un saco de re-

cuerdos y experiencias mundanas, especialmente amorosas, escondido en nuestras neuronas. Puesto que habían pasado tantos años sin tener ninguna clase de contacto con niñas o muchachas, creían que habíamos dejado a nuestras novias para servir a la Iglesia. En mi caso, todos sabían que me llegaban cartas de un par de amigas, y con tan irrelevante información crearon alrededor de mi cabeza una aureola mitad de donjuán mitad de santo. Pero no era cuestión de ponerles al tanto, allí nunca se hablaba de mujeres, pasábamos de puntillas sobre el tema.

Nuestras conversaciones se hilaban alrededor de cuestiones caseras o futuribles. Preparar una función de teatro de nuestra propia cosecha para solaz de chicos y grandes, que allí había criaturas desde los diez años, ensayar las estrofas de una misa gregoriana, contarnos historias familia-

res, criticar a algún cura que había sido atrapado por 'el siglo', someter a enjuicio a este o aquel profesor. Hacíamos planes para nuestra futura parroquia, tanteábamos la posibilidad de llevar una vida leal a Jesús en medio de tanto trajín, incluso nos atrevimos a hacer cábalas acerca de cuál de nosotros podría llegar a ser obispo. Como veis, nada de particular.

Pero al final todo se fue al traste.

No os voy a entretener contando las razones por las que dejé el Seminario y volví al mundo. Ni yo mismo lo sé muy bien. Supongo que, al cabo de tanto esfuerzo, comprendí que no podía confiar en mí mismo para llevar una vida de célibe. Me vais a perdonar que os transcriba un soneto que escribí por entonces. No hace falta deciros que no tengo ningún interés en demostrar

mis dotes de poeta, confío en que sólo os detengáis en mi estado de ánimo por aquel entonces.

Dame muerte, Señor, si he de ofenderte,
si es para esto, ¿a qué quiero la vida?
si el pecado la tiene dividida,
ya tengo el alma sumergida en muerte.
Si para serte fiel yo no soy fuerte
y el más ligero soplo me derriba,
no debes permitir más tiempo viva,
pues no puedo servirte de otra suerte.
Me pusiste en las manos el talento
de mi vida, Señor, y a mi manera
lo habría de administrar. Mas esto siento:
no lo sé administrar por más que quiera.
Pídeme cuentas ya, que en un momento
te devuelva el talento y que me muera.

Aunque no puedo garantizarlo, ¡ha pasado tanto tiempo!, tengo la impresión de que el "pecado" que motiva el deseo de morir no era otra cosa que la sexualidad, el subterráneo conflicto de los célibes.

Pero había otras razones, por supuesto, y entre ellas no era la menor el hecho de haber entrevisto, no muy claramente entonces, pero mucho mejor después de salir, que la imagen que yo tenía del Jesús de los Evangelios no concordaba con lo que era la Iglesia en general y la jerarquía eclesiástica en particular. Algo se tramaba ya en mi subconsciente en aquellos tiempos de seminarista, como puede verse en una nota que me quedó inconclusa:

"Cosas que me chocan: ostentación innecesaria, falta de sencillez, exceso de jerarquización (separación), estudiar cosas que no convencen,

diferencia entre el Evangelio y la vida exterior de la Iglesia..."

Pero había más reflexiones en el Seminario. El futuro no me parecía, a veces, tan claro como para sentirme feliz a cada hora. Mi 'vocación', mi llamada por parte de Dios, estuvo, en determinadas ocasiones, sometida a la perplejidad, a la incertidumbre, a la duda:

"Muchas veces, Señor, pienso en mi vejez. ¿Seré sacerdote o un simple solterón, estorbo de la familia? ¿Deseo realmente el sacerdocio? Ahora mismo sólo estoy seguro de una cosa: querría que fueses el centro de mi vida, que yo me sienta cosa tuya, que no haya nada en mí que no sea tuyo, mis pensamientos, mis deseos, mis propósitos, mis problemas, mis angustias, mis palabras, mis trabajos, mis pasiones, mis búsquedas, mis esperas, mis alegrías, todo, to-

do. Pero ignoro qué será de mí. No me preocupa, tú lo sabes, la comodidad de una seguridad económica. Sólo tengo el temor de ser un fracasado, de no hacer tu voluntad, de poner tantos inconvenientes a tus designios sobre mí que termines por hartarte y abandonarme a mis débiles fuerzas. Es el temor de ser una pieza desencajada, desplazada, en este juego de ajedrez maravilloso que es tu Providencia. Estoy aquí, voy por un camino, pero ignoro si mañana tendré que dar un viraje y torcer el rumbo hacia otro destino. Me gustaría poder decirte aquello: Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo".

En este párrafo, escrito un día de retiro, se vislumbra ya la semilla de lo que iba a ocurrir en el futuro, pero entonces yo no tenía ni idea de que acabaría en el lugar menos esperado, inclu-

so menos deseado. No sabía entonces que la fe es un conocimiento privado, subjetivo, cuyos contenidos no pueden demostrarse, y hay que apalancarlos bien apalancados.

Es decir, la fe, como el cuerpo, necesita que se le suministre energía, espiritual o psicológica, como queráis llamarla en este caso, de lo contrario se va debilitando, como un cuerpo sin sustancia alimenticia, hasta morir, o desaparecer por completo.

Ocurre otro tanto con todas las creencias.

Pongamos por caso las políticas: la gente de derechas lee El Mundo, ABC, La Razón, los del otro lado compramos El País; ellos escuchan la cadena de radio de los obispos españoles, la COPE, nosotros oímos la cadena SER. Los libros que leemos, los políticos que preferimos, los discursos que analizamos unos y otros, todo

eso va en la misma dirección: afirmar y confirmar las ideas políticas que tenemos, y cuando llega la ocasión de las reuniones multitudinarias, los cánticos y el ondear de las banderas, la emoción nos transporta, estemos en esta acera o en la de enfrente.

Cuando yo mismo me encontré con la tribu anarquista, en este caso era un sindicato, conseguí subir la temperatura de mi entusiasmo leyendo quince o veinte libros, algunos de ellos de los mejores especialistas nacionales y extranjeros, sobre el tema y, por supuesto, de los mismísimos “padres fundadores”: Proudhon, Bakunin, Kropotkin (el autor de aquel libro que guardaba mi padre, según os informé al principio)... Esas reuniones en el sindicato y aquellas lecturas eran el sustento que yo necesitaba para sentirme ácrata, como antes lo fueron, para ser católi-

co, aquellas actividades de las que os he hablado antes. Ahora que llevo años jubilado y me dedico a otros menesteres, mi fervor anarquista se limita a un sentimiento de comunión que anda por ahí, en las profundidades de mi cerebro, teñido de nostalgia.

Si me lo permitís, os voy a analizar con algún detalle, no mucho, no se me aburran, lo que sucede a un creyente (aplicadlo a cualquier religión de las muchas que andan por el mundo) cuando fortalece su fe en una reunión litúrgica. Imaginad que estamos en domingo. El templo está lleno a rebosar. Niños, jóvenes, matrimonios de todas las edades, todos con sus atuendos domingueros, limpios, bien peinados, y dispuestos para la participación.

Ponernos en contacto con los que tienen nuestras mismas inquietudes espirituales nos hace tomar conciencia de que no somos meros individuos aislados, sino que formamos parte de un todo más extenso, y dentro de este grupo o muchedumbre nos sentimos protegidos y, por tanto, seguros de nuestra fe. Las oraciones, los cánticos, los gestos realizados al unísono con el celebrante y los demás creyentes, la presencia misma del templo, la existencia de personas totalmente desconocidas a las que, no obstante, nos sentimos ligados por la fe, aquí y en otros lugares, próximos pero también lejanos, nos produce la evidencia de que nuestra fe es algo importante, trascendental y valioso. Recuerden no más esas reuniones multitudinarias de jóvenes en la Plaza de San Pedro, llenos de fervor y enfebrecidos. Esos lazos invisibles, pero emo-

cionalmente constatables, refuerzan, justifican y garantizan la realidad y la verdad de nuestra creencia.

(Inciso urgente: todo lo dicho ayuda a formar un todo compacto entre los creyentes, de eso no cabe duda, lo que ocurre es que, indefectiblemente, una agrupación, sea religiosa o de cualquier otra índole, al cerrarse sobre sí misma, crea en el grupo una conciencia de perfección y superioridad que lo lleva a rehuir y despreciar a los otros grupos, creando el problema de la incomprensión, la intolerancia y quizás el odio. La Historia anda por ahí confirmándolo).

Ahora bien, la fe está sujeta a una ley física: si se prescinde de esa especie de infraestructura que la sustenta, lo que está encima se derrumba. Las creencias se volatilizan. ¿Para qué

creéis que sirve la oración? Hace sólo unas páginas os decía que Dios no necesita de nuestras plegarias, y si llevo razón en esto no hay más remedio que plantearse la pregunta: entonces, ¿para qué? A mi juicio, rezar, sea en compañía, sea en la soledad de tu habitación o en el barullo del autobús, cumple la finalidad de todo alimento: nutrirnos. Espiritualmente, claro. De ahí viene la insistencia de los directores espirituales, y de alguna encíclica papal, en señalar la oración como indispensable. Si se abandona, por cansancio, por desidia, o por el prosaico trajín de la vida cotidiana, el cuerpo invisible, pero real, de la fe, se va resintiendo lentamente.

Es lo que me ocurrió a mí.

Poco a poco se fueron distorsionando muchas cosas: las prédicas dominicales se me hacían

cada vez más aburridos, ¡no me aportaban nada nuevo tras seis años en el Seminario!, las confesiones se convirtieron en rutinas que me producían fatiga e impaciencia, la oración se me fue haciendo, cada vez más claramente, un parloteo monocorde, sin sentido.

Un examen más detenido me llevó a la conclusión, años después, de que mi religiosidad no había sido, durante tantísimo tiempo, más que el sentimentalismo de un joven romántico con ribetes de altruismo. Pero cabe la posibilidad de que el señor Steven Pinker llevara razón y yo, como mi padre, hubiese nacido ya inclinado hacia la izquierda, que nunca se ha llevado muy bien con la Iglesia, como sabéis, y la pérdida de mis convicciones religiosas no fuese más que el retorno a las imposiciones químicas de mis genes.

Vaya usted a saber.

Por supuesto que no sucedió de la noche a la mañana, en realidad fue un parto doloroso que duró años, porque una metamorfosis de esta categoría supone una pérdida, y precisamente de todos aquellos años desde mi infancia, y siempre que se pierde algo, especialmente algo que fue parte crucial de la propia vida, se produce un desgarramiento casi físico, el alma parece desmoronarse en trozos que se buscan sin encontrarse, como si fuese un puzzle distorsionado cuyas piezas no hay forma de encajar, la brújula mental se estremece sin encontrar el norte y las cosas pierden su sentido.

"Estoy en la segunda mitad de mi vida, y ha llegado el momento de tomar una decisión. Ahora todo es distinto. En el cielo hay más nubes y

menos flores en los jardines. Ya no me atrae el canto de los pájaros ni la luna resulta poética. Dios se ha convertido en un Padre condescendiente que todo lo perdona. Y los hombres..., bueno, todos tenemos debilidades aún, pero sólo son debilidades. Todos causan lástima e inclinan a la conmiseración. Ninguna conquista de la ciencia me causa asombro, ni el progreso vale la pena de ser admirado. El arte es una belleza tranquila, lejana. La música, un sedante soñoliento o una algarabía discordante que hace sonreír, como las debilidades propias y ajenas. Ahora, la caída de la tarde sólo recuerda la noche que se acerca y el amanecer, una nueva jornada. Ya no hay poesía en el rocío sobre la hierba, ni hace respirar hondo el aire fresco de la montaña o el verde de los prados. Los perros ya no son amigos de juegos interminables, ni el calor

del hogar un final que te acoge. El olor de la tierra mojada sólo es eso, un olor profundo a tierra mojada, y la niebla no es un velo misterioso, sólo es niebla que estorba. El río ha dejado de cantar y la arena de la playa no reproduce las huellas de mis pies. Ni los niños son ahora la inocencia, ni los amigos un consuelo, ni los hermanos gritan en la sangre. Hasta el cielo, de noche, ha dejado de ser impresionante, sólo es un decorado de fondo con pequeñas lentejuelas brillantes.

Tengo que tomar una decisión. Ha llegado la hora. La máquina de mi cuerpo está rindiendo al máximo, pero ya se adivinan los primeros síntomas de cansancio. Las ventanas de mis sentidos tienen los cristales empañados y las cosas de fuera empiezan a difuminarse, sus contornos se borran. Todo va perdiendo su personalidad. Me da igual un paisaje alegre que uno triste, ninguno

de los dos canta ni llora. Todos los libros son iguales, están llenos de letras y palabras. Los colores se superponen. El azul ha perdido su melancolía, el amarillo, su fecundidad, y el rojo, su fiereza. Incluso las personas van siendo difíciles de distinguir.

Tengo que decidirme. El tiempo da aletazos terribles desconchando la fachada de mi casa. Me sacude con espasmos de agonía. He vuelto la cara atrás, a mi vida, y he visto un informe montón de días, horas, años, semanas, minutos, meses. Todos se retorcían, unos sobre otros, como gusanos oliendo la muerte. Todos tenían mi cara. Luego he mirado al frente, horrorizado. He mirado a mi otra vida, al futuro, la que me espera, y allí estaban de nuevo, fríos, esqueléticos, húmedos y resbaladizos, en informe rímero, sin razón, sin orden, sin belleza, mis días, mis

años, mis horas, mis semanas, las mañanas anónimas, las tardes aburridas, los domingos interminables, las noches sin ruido.

Ya no puedo esperar más. Las noches se van haciendo cada vez más largas y los días más breves. Apenas puedo pensar. Mi alma se está haciendo más pequeña por momentos, no cabe casi nadie en ella. Los que entran han de bajar la cabeza y levantar los pies para no tropezar. Aquellos sueños de tener el alma llena de gente se han ido por la chimenea como el humo. Aún sonrío a los que vienen pero comienzan a estorbarme, me incomodan con su impersonalidad cargada de problemas comunes repetidos hasta la saciedad. ¿Y mi pensamiento? Igual que el corazón, un músculo vivo en cuyo interior algo golpea rítmicamente, pero no salta, no trota, no galopa. Pronto será un estorbo.

Tengo que decidirme, pues, antes de que todo se derrumbe, antes de que todo se encoja, antes de que se apague el último ruido".

Estas reflexiones, escritas por aquellas fechas, las he encontrado entre un fajo de viejos papeles en un cajón cualquiera de esos que van de casa en casa a lo largo de la vida. Yo mismo me he sorprendido al releerlas ahora, y pienso que tal vez os ayuden a entender mi desorientación de aquellos años. Así y todo, si os fijáis bien, se trata de algo más profundo: mi visión romántica del mundo estaba desapareciendo en esas fechas, y una nueva forma de ver la realidad, mucho más pragmática, acabaría por reemplazarla. No era consciente de lo que estaba sucediendo, pero aquel desconcierto, aquella

confusión mental me estaba conduciendo a un cambio que trastocaría toda mi vida.

Fue en este tiempo conmocionado cuando comencé a leer la Biblia hebrea. Ella era algo así como un hilo que me unía a los años ingenuos de mi fe, que se me estaba escurriendo entre los dedos. Al recordar lo que ocurrió, tras su lectura, se me viene a la memoria aquello que dije al principio acerca de las circunstancias que se confabularon para convertirme en un cristiano firme y piadoso: ¿fue la Providencia quien entonces movió los hilos?

Creo que no, porque ahora, en esta parte de mi vida de zarandeos espirituales, las circunstancias se confabularon también, pero en este caso para llevarme a otra forma de ver la religión: como un simple aunque fascinante fenó-

meno social y psicológico. Y fue esa lectura de la Biblia hebrea (y algo más que luego diré) la que abrió mi mente como se abre una ventana para que entre un aire que vuelve a salir llevándose todos los olores, agradables o no, acumulados en la habitación.

No me apetece transcribirlas los pasajes de esa Biblia que me golpearon sin compasión y distorsionaron mis ideas religiosas, los tenéis en vuestras casas, a la mano, me basta con decirlos que no pude continuar imaginándome a Yahvé como el Dios de Jesús. Sólo unos años más tarde, cuando estudiaba la historia de la Iglesia por mi cuenta y riesgo, recordé que un tal Marción, por quien habíamos pasado de puntillas en el Seminario, había sentido exactamente lo mis-

mo cuando sólo habían transcurrido unos ochenta años después de la muerte de Jesús.

Aquellas lecturas del Libro me forzaron a extraer algunas conclusiones. Por ejemplo: hay razones suficientes por ahí fuera para creer que las Escrituras Sagradas son peligrosas. Está claro que el peligro no está en ellas mismas, sino en la forma de acercarse a ellas. En este sentido, el Corán y la Biblia son los más inquietantes, posiblemente porque son los más leídos, y por tanto, a los que acude más gente con la cabeza mal amueblada (ignoro si se trata de un enjambre de chalados o es que han sido instruidos de forma destartalada). No hay más que recordar las monstruosidades que están cometiendo algunos lectores del Corán y las que se han cometido en nombre de la Biblia. Ha tenido que alcan-

zarnos tanto dolor para que llegara a comprender por qué la Iglesia era tan reacia a su lectura en aquellos tiempos de mi adolescencia, y mi querida hermana teresiana se enfadara conmigo cuando me encontró hurgando en ella.

La insistencia en el origen divino de esas Escrituras lleva a muchos a la conclusión de que todo cuanto hay en ellas, palabra por palabra, ha de ser verdadero. Los adeptos de las Iglesias protestantes son los que, mayoritariamente, adoptan esta postura. Otros, como los católicos, o no saben qué hacer o se inclinan por una interpretación adecuada que dejan en manos de los expertos.

De nuevo tengo que acordarme ahora de aquella hermana mía: cuando yo andaba medio

escandalizado por mi lectura del Pentateuco, de Samuel y Reyes, le pregunté cómo era posible que Dios pronunciara palabras de muerte tan terribles, y ella, que me parece no se había detenido mucho en esos libros, me respondió sin darle la mayor importancia: “Yo tengo bastante con los Evangelios”

¡Qué endemoniadamente razonable!

Seamos sinceros: ¿de qué le sirven a un cristiano los últimos quince capítulos de Éxodo, todos los de Levítico y Números y el código deuteronomico? Ni siquiera pueden aprovechar nada los mismos israelitas en las condiciones actuales. La Biblia hebrea es eso, hebrea, la de un pueblo casi siempre perseguido y masacrado que desesperadamente acude a Yahvé para que los salve. Los primeros cristianos sólo pudieron

aprovechar una pequeña parte, algunos fragmentos de los salmos y de los profetas que hablaban del Mesías, que para ellos era Jesús (recuérdese, por ejemplo los famosos Cantos del Siervo de Yahvé). Pero no podían prescindir del resto, ni siquiera se les pasó por la cabeza: ellos eran hebreos.

Es evidente que el Libro judío ha sido una fuente inagotable de inspiración para los teólogos cristianos, y lo sigue siendo. Entre otras cosas vieron allí signos y prefiguraciones del Nuevo Israel, que no sé todavía si es la Iglesia católica o toda la cristiandad: con esto de los encontronazos entre católicos y protestantes no hay forma de llegar a ninguna certeza. Pero bueno, sea como fuere, no deberíais olvidar que la Biblia hebrea se escribió en tiempos remotos en sociedades cuyas ideas, fuesen políticas, socia-

les, científicas o religiosas, se encontraban en un nivel de desarrollo radicalmente diferente al nuestro. Esos libros, la Biblia es un conjunto de ellos, comenzaron a redactarse hace unos tres mil años y se cerraron definitivamente unos tres siglos antes de Jesucristo.

¿Os habéis detenido a pensar en los cambios que han tenido lugar en el transcurso de todos esos siglos? Ya no existe ningún imperio militar ni guerras de conquista; el Renacimiento prologó la vuelta al hombre como centro del arte y de la ciencia; las monarquías absolutas han sido derribadas por revoluciones burguesas y obreras; la primera revolución industrial conmocionó la forma de trabajar y de vivir; la mayoría de los países se rigen por regímenes democráticos que, con todos sus defectos, intentan controlar el

poder de los elegidos por la sociedad; los conocimientos científicos, tanto los que se refieren al Universo, nuestro planeta o la naturaleza humana, son de tal calibre que los autores de la Biblia se quedarían sobrecogidos; las innovaciones tecnológicas, la lucha por las libertades y por la igualdad de los sexos, los derechos humanos..., todo ello impensable para ellos, que tampoco podían sospechar el auge que iban a tener el racionalismo y el laicismo en las sociedades modernas.

Estos cambios son un hecho objetivo, y los cristianos deberíais enfrentaros a esta situación con todas sus consecuencias: los autores de la Biblia, ¿escribieron para nosotros, criaturas del siglo XXI, o se trata de mensajes exclusivos para dos comunidades determinadas en un lugar y un tiempo muy concretos y determinados? Yo lo

tengo muy claro, por supuesto, pero vosotros tenéis que leer esos libros con más detenimiento si os queréis aclarar. Os daré una pista: clérigos y seculares (y en esto sí que coinciden todos los cristianos) no cesan de alertar acerca de la necesidad de poner al día las enseñanzas de Moisés y de Jesús (en sus ámbitos respectivos, judíos y musulmanes se afanan en lo mismo). Si hubiesen sido escritas para nosotros, no habría necesidad de hacer tal cosa, ¿verdad? Esta interpretación no elimina necesariamente el origen divino de esos libros, y me apresuro a manifestarlo para que algún quisquilloso no se me alborote.

Lo que deseaba deciros es que el paso de los siglos ha hecho inevitable que parte de las Escrituras quedaran obsoletas. Por ejemplo: en aque-

llos tiempos, los israelitas estaban rodeados de pueblos politeístas, lo que explica la insistencia de Yahvé en el peligro de la idolatría y la condena a muerte de quienes cayeran en tan abominable pecado. Podrías pensar que en estos tiempos modernos han aparecido nuevos ídolos a los que adorar (el dinero, el cuerpo, el poder), pero no creo que cumplierais el mandato de Yahvé eliminando a todos estos nuevos ídolos.

Tampoco puedo imaginar que judíos y cristianos se atrevan a poner en práctica las penas de muerte que Yahvé exige en Levítico 20, 9-21. Os recuerdo, para quienes hace tiempo que no pasean por este libro, una de las más insólita para nosotros: “Si uno se ayunta con una bestia, serán castigados con la muerte él y la bestia”.

¿Quién haría hoy algo así?

‘No matarás’ es otro ejemplo de interpretación distorsionada. Muchos de vosotros lo lanzáis, por ejemplo, contra quienes están a favor del aborto, la eutanasia o la investigación con células madre, pero olvidáis que Yahvé ordena matar en diversas ocasiones (Josué 7,15, por ejemplo) y él mismo lo hace (2 Reyes 17,25, por ejemplo). Lo más probable es que ese mandato tuviera como objetivo exclusivamente a los miembros del pueblo hebreo: No matarás a los tuyos, a tu propia gente. Al fin y al cabo, los Mandamientos aparecen en un contexto exclusivamente judío. Cuando busquéis argumentos no recurráis a la Biblia sin haberla analizado con detenimiento. La Iglesia católica se ha opuesto de modo exagerado a numerosos avances científicos precisamen-

te por interpretar el universo, la sociedad y la humanidad entera a través de ella.

“Para el fundamentalismo, la Biblia es una especie de libro de recetas de respuestas atemporales; el fundamentalismo se aferra a frases aisladas con las que justificar sus propios planteamientos, extrayéndolas del contexto en que estas se encuentran y pretendiendo limitarse a leer la Biblia al pie de la letra”.

Este fragmento del *Manifiesto de la Obra Bíblica de Suiza*, (citado por Klaus Kienzler en *El fundamentalismo religioso*) no sólo es aplicable a los fundamentalistas, como podéis ver.

El Antiguo Testamento no es un libro científico en absoluto, sino exclusivamente religioso, y es-

crito por personas que lo ignoraban todo acerca de esos asuntos puramente humanos. Pero no hay necesidad de darle vueltas: los teólogos ya han dejado claro que Dios se acomodó a la mentalidad de esos autores cuando dio a conocer su revelación.

Ahora bien, acomodarse a la mentalidad de los autores humanos de la Biblia limitaba las posibilidades de Dios, que se veía en la necesidad de aceptar las creencias que sus hebreos habían asimilado de otros pueblos del entorno. Lamentablemente. Porque algunas de esas creencias resultaron ser calamitosas.

Por ejemplo, la que se refería a la existencia de criaturas malignas sobrehumanas, es decir, los demonios. La historia de esta creencia, antes de llegar a los israelitas, es antiquísima, enrevesada y sugestiva, pero no voy a descomponer

vuestra paciencia contando tales extravagancias, lo dejo a vuestra curiosidad personal. Tal vez habría que hacer hincapié en lo que acabo de decir: el hecho de que la existencia de esos seres no es una revelación divina original, Dios se limitó a repetir lo que ya se pensaba entonces. Pero me he comprometido conmigo mismo a no tocar el dogma católico, y como es de fe que los demonios, ángeles caídos, existen, me limitaré a recordaros las deformaciones a que puede llevar esta creencia. El peligro está ahí, y las consecuencias han sido notorias y a veces espeluznantes:

“Una investigación llevada a cabo por la Asociación de Psicólogos y Psiquiatras Católicos desvela que cada año, medio millón de italianos solicita los servicios de un exorcista. En el país trasalpino se calcula que existe una treintena de

sectas por las que habrían pasado hasta 100.000 personas, la inmensa mayoría, jóvenes de entre 17 y 28 años” (EL MUNDO).

¿Quién alimenta estas creencias? Supongo que dos mil años hablando de lo mismo.

“La inclinación exagerada a considerar cualquier fenómeno raro como acción diabólica ocasionó hacia el final de la Edad Media el lamentable desvarío de ver brujerías en todas partes”, escribe Ludwig Ott, el autor católico de un *Manual de Teología Dogmática*.

No cabe duda de que se está refiriendo a las “brujas” ahorcadas en Salem, Massachussets, a finales del siglo XVII, y a las torturas y muerte en la hoguera de un sacerdote católico en Loudun, Francia, acusado por el cardenal Richelieu de haber hechizado a todas las monjas ursulinas de un convento de la localidad, los casos más co-

nocidos, pero también, imagino, a la bula de Inocencia VIII, dos siglos antes, legitimando la persecución, tortura y ejecución de brujas, y si me apuran, al famoso *Martillo de Brujas*, un texto escrito por dos frailes dominicos (no os confundáis, no eran unos frailes cualesquiera, sino profesores de teología en Colonia) donde se describen los diversos tipos de brujería, cómo reconocer a las personas embrujadas y los distintos métodos de tortura a aplicar.

La misoginia imperante facilitaba la creencia de que las mujeres, por su depravación sexual, no podían resistirse al demonio, lo que provocó la ejecución de miles de ellas. Supongo que también colaboró en la extensión de estas supercherías la iconografía, religiosa o no, que lo representa, a veces tentado, a veces vencido. Y el cine. Especialmente en esta época nuestra

de desorbitados y extraordinarios efectos especiales.

En nuestro país tenemos un sacerdote experto en demonología. Practica exorcismos y ha publicado un libro para orientar a los sacerdotes en estas peliagudas cuestiones. Por su parte, el Vaticano ya dio su beneplácito para celebrar el primer master sobre exorcismo en la Universidad Pontificia Regina Apostolorum de Roma. Incluso el difunto papa Wojtyla, según se cuenta, los practicó un par de veces siendo ya pontífice.

No acabo de entender que las autoridades religiosas sigan insistiendo en el tema. Ya sabemos que Jesús realizó numerosos exorcismos, pero, según mis particulares entendederas, el Maestro hizo lo mismo que Dios: amoldarse al ambiente imperante en aquellos lejanos tiempos.

Al menos, esto es lo único que se me ocurre para salvar tan peliaguda situación.

No se me olvida aquella famosa frase, aunque ignoro quién la puso en marcha: "El mayor triunfo del demonio es hacernos creer que no existe". Se trata de una afirmación totalmente gratuita impulsada por alguien que no se resigna a abandonar la demonología como arma asustadiza. Triste ocupación la de ir por el mundo despertando recelos y temores.

Pero esa malvada criatura, que ya forma parte lamentablemente irremediable de nuestra cultura, vino acompañada de otra creencia no menos espantosa: el infierno. Está ahí también, en la Biblia, más en la cristiana que en la judía, como habréis comprobado. Jesús decía que allí el gusano no muere y el fuego no se extingue, que allí será el llanto y el crujir de dientes. No debe-

mos extrañarnos a estas alturas: el rabí palestino era hijo de su tiempo, no podía explicar a aquella gente que el infierno no es un lugar, sino un estado, una situación, algo puramente anímico, aunque doloroso a causa de la ausencia del Creador.

Ignoro si esto cambia algo vuestra creencia, al menos el infierno ya no parece tan terrible, a nivel popular, como lo describía Dante, pero volvemos a encontrarnos de nuevo con el mismo problema: Dios no creó el infierno, formaba parte ya de la literatura religiosa pagana y judía. Esta creencia la compartís, incluso hoy, con musulmanes, budistas y otros etcéteras menores.

Esta lectura abusiva de las Escrituras, provocó otros conflictos no menos aparatosos. Los avances científicos toparon siempre con la Iglesia, como bien sabéis: el Santo Oficio condenó la

teoría heliocéntrica de Nicolás Copérnico, Giordano Bruno fue quemado vivo, como Miguel Server en la Ginebra de Calvino, por sus ideas panteístas, entre otras cosas.

Permitidme que os transcriba un breve resumen de los encontronazos de Galileo Galilei, un profundo creyente, con las jerarquías eclesiásticas de su tiempo:

"Galileo había creído en la teoría copernicana (que los planetas giran alrededor del Sol) desde muy pronto... Escribió sobre ella y rápidamente sus puntos de vista fueron respaldados ampliamente fuera de las universidades. Esto molestó a los profesores partidarios de Aristóteles (que

creía que era el Sol quien giraba alrededor de la Tierra), quienes se unieron contra él intentando convencer a la Iglesia católica de que prohibiese el copernicanismo. Galileo, preocupado por ello, viajó a Roma para hablar con las autoridades eclesiásticas... Pero la Iglesia estaba temerosa de un escándalo que pudiese debilitar su lucha contra el protestantismo y tomó medidas represivas. En 1616, declaró la teoría de Copérnico “falsa y errónea” y ordenó a Galileo no defender o sostener la doctrina nunca más. Galileo se sometió. En 1623, un antiguo amigo de Galileo fue hecho papa. Inmediatamente, Galileo trató de que el decreto de 1616 fuese revocado. Fracasó, pero consiguió obtener permiso para escribir un libro discutiendo las teorías aristotélica y copernicana, aunque con dos condiciones: que no tomaría partido por ninguna de ellas y que

llegaría a la conclusión de que el hombre no podría determinar en ningún caso cómo funciona el mundo. El libro, “Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo”, fue publicado en 1632 con el respaldo absoluto de los censores, e inmediatamente recibido en Europa como una obra maestra, literaria y filosófica. Pronto, el papa, dándose cuenta de que la gente estaba viendo el libro como un convincente argumento a favor de Copérnico, se arrepintió de haber permitido su publicación. El papa argumentó que aunque el libro tenía la bendición oficial de los censores, Galileo había contravenido el decreto de 1616. Lo llevó ante la Inquisición, que lo sentenció a prisión domiciliaria de por vida y le ordenó que renunciase públicamente al copernicanismo. Por segunda vez, Galileo se sometió. Siguió siendo un católico fiel, pero su creencia en la indepen-

dencia de la ciencia no había sido destruida. Cuatro años antes de su muerte, preso aún en su casa, el manuscrito de su segundo libro importante fue pasado de contrabando a un editor de Holanda. Este trabajo, conocido como "Dos nuevas ciencias", más incluso que su apoyo a Copérnico, fue lo que iba a constituir la génesis de la física moderna".

(Esta parrafada la encontré en el conocido libro de Stephen Hawking, *Historia del tiempo*, formando parte de un apéndice)

El Vaticano se había opuesto ya a la anestesia, al parto sin dolor y al pararrayos de Franklin; más adelante, al control de la natalidad, los profilácticos sexuales, la liberación de la mujer y el evolucionismo darwiniano. Las Iglesias, todas

ellas, se encuentran enfrentadas a una situación incómoda: cómo adaptar esas Escrituras tan antiguas a los tiempos modernos.

De momento, en 2006 nos llegó una noticia desde Alemania: un buen grupo de teólogos y teólogas ha redactado una nueva versión de la Biblia con la finalidad de eliminar la discriminación de las mujeres, de los judíos y otros grupos sociales, una discriminación que se detecta tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Creo que el intento es absurdo, pero nos confirma que la Biblia no se escribió para nosotros.

En fin, en vista de los desastres y agobios que ocurren a causa del Libro, cualquier creyente de bien debería andarse con pies de plomo y, desde luego, rechazar a quienes la enarbolan como arma arrojadiza. Si los seguidores de las tres religiones monoteístas se tomaran en serio el

hecho de que esas Escrituras están ahí como una fuente muy antigua junto a la que descansar para refrescarse de vez en cuando y sólo eso, nos podríamos ahorrar muchos disgustos.

Pero volvamos a mi biografía.

Durante un periodo de diez años, no sólo miré con lupa la Biblia hebrea y el Nuevo Testamento, con la ayuda, por supuesto de numerosos libros especializados, sino que me hundí hasta el cuello en el estudio de las religiones, desde la Prehistoria, si es que entonces se puede hablar de religiones, hasta hoy, y no en esta Iberia nuestra, sino en los cuatro puntos cardinales.

Y una vez más ocurrió: un aire nuevo me trajo nuevas ideas, ahora centradas en la asombrosa semejanza entre las religiones. Todas creían y creen en la existencia de seres sobrehumanos,

todas tenían y tienen sacerdotes y, sin excepción también, una liturgia que servía y sirve para unir a los seguidores respectivos mediante la oración en común y la adoración de la divinidad. Y otros muchos detalles que me reservo, no vayáis a creer que quiero alardear de sabihondo. Yo sabía de tales semejanzas, por supuesto, pero cegado por mi convicción de que la católica era la única verdadera, no me había molestado nunca en volverme a quienes demostraban una religiosidad tan interesante como la mía. ¡Cuánto siento ahora haberme perdido entonces las palabras encendidas de los místicos musulmanes, las revelaciones de Krisna en el *Bhagavadgita* o las profundas respuestas de Buda a los requerimientos de algún discípulo!

Explorar las otras religiones es una ocupación saludable, nos descubre que, en cuanto a cues-

tiones religiosas, todos vamos en el mismo barco. Un buen ejercicio de modestia, un descubrimiento que no tiene por qué trastornar nuestras propias creencias. Os recomiendo ese viaje, le bajaré los humos a más de uno.

Algo más me ayudó, como os decía: mi instinto dirigía mi curiosidad hacia la ciencia. Leía con entusiasmo, y continué haciéndolo, todo cuanto encontraba acerca de ese universo exterior repleto de cuestiones físicas insospechadas, todo lo que caía en mis manos sobre esta naturaleza terrestre que nos ha entregado ya casi todos sus misterios, las minuciosas descripciones de los componentes del cuerpo humano, los más recientes descubrimientos acerca de nuestro cerebro, que sigue resistiéndose a ser desvelado, las complicaciones de la conducta humana, tanto a

nivel individual como social, todo se me fue apareciendo como una nueva forma de ver y explicar la realidad sin necesidad de recurrir a otras respuestas.

Me había perdido la Teoría de la Relatividad, el Big Bang, la física cuántica, el rumor de microondas del Universo, la sopa primordial en nuestro planeta, la evolución, el relámpago de los neurotransmisores a través de las sinapsis, las novedades acerca de la mente. Paro de contar. Estuve tantos años mirando el mundo a través de los conceptos religiosos de mi judeocristianismo que estas lecturas ensancharon esa ventana que se me estaba abriendo a una experiencia totalmente nueva.

(Aclaro: todo esto me sucedió a mí, pero no hay por qué temer, mucha gente lee y estudia tanta cosa, y de un modo mucho más profundo,

y sin embargo no pierden su fe, no se les abre ninguna ventana, al contrario. Más adelante podréis comprobarlo).

Quise culpar a mis educadores en el Seminario por haberme negado tanta información acerca de todo. Nunca me hablaron del lado oscuro de Dios y de la Iglesia, ni de diferencias y discrepancias (bastaba poner una etiqueta, 'herejía', y todo quedaba simplificado), para ellos todas las piezas encajaban tan perfectamente que formaban un conjunto sólido y armónico, una soberbia construcción sin fisuras ni chafarrinadas, de tanta pulcritud que proclamaba a voces su origen sobrenatural. Era una especie de triunfalismo que circulaba soterrado en los libros y las clases, y del que, por supuesto, nunca fuimos conscientes.

Pero no puedo culparles, ellos también ignoraban lo que se estaba cocinando fuera y a espaldas del Seminario. (Pío XII, en 1943, había animado a los biblistas católicos a usar de la crítica en los libros sagrados sin temor alguno, y muchos de ellos se habían unido a los protestantes que investigaban el Libro con métodos científicos buscando respuestas).

Aquellos profesores nos trasmitían sus saberes tal y como los habían recibido: condimentados y envueltos en una atmósfera de fe, una fe tan firme que no necesitaba salir fuera de ella misma. No se planteaban preguntas que no estuvieran ya diseñadas y resueltas previamente. Las Escrituras eran leídas con el fervor de un adepto que bebe el agua de una fuente divina

forzosamente pura por su origen. No necesita analizarla en un laboratorio. No, no puedo culpar sino a aquellos obispos que sólo pretenden preparar clones mentales para enfrentarlos al mundo y se olvidan de cultivar sus inteligencias, la que les va a sacar de apuros el día de mañana.

Esta forma de presentarme la Iglesia como un monolito uniforme y bien pulido no podía sostenerse si uno dedicaba el tiempo suficiente a buscar información sobre el pasado. Eso fue lo que hice. El resultado es bien conocido por todos vosotros: los primeros tres siglos de trabajo e incertidumbres, la llegada de Constantino, que dio un vuelco total a la nueva Iglesia adhiriéndola al poder, la presencia eclesiástica en todos los ámbitos de la vida.

Pero he pensado que tal vez lea esta carta alguien que lo olvidó, o no llegó a saberlo, y puesto que no resulta de interés común, se me ha ocurrido colocarlo al final, en un apéndice que puede consultarse o no, dependiendo de vuestras circunstancias.

Sigamos.

Os andaba contando cómo me privaron en el seminario de investigar en la Biblia, de conocer otras religiones y de profundizar en la ciencia. Pues bien, a pesar de que me habían dejado desnudo de casi todo y de la fatiga que supuso tener que vestirme de nuevo con nueva indumentaria fabricada laboriosamente por mí mismo, la paz interior al final llegó.

No puedo describiros con palabras la sensación que tuve (y me acompaña) como no sea uti-

lizando términos religiosos: me sentí, y me siento *salvado, liberado*. Como si la mitad de mi vida hubiera llevado una venda en los ojos, ahora podía ver con claridad, como una luz que llegara para mostrarme un mundo diferente. En la autobiografía de Ignacio de Loyola (cuenta el profesor Marina en *Por qué soy cristiano*) se describe su perplejidad al darse cuenta de que empiezan a surgir en su mente certezas insólitas, por lo que ingenuamente se pregunta: “¿Será esto la vida nueva que empieza?”.

Certezas insólitas es, al pie de la letra, lo que yo estaba sintiendo. Me sobrecogió una exaltación imposible de definir, y que por cierto sigo experimentando en mis sueños al modo de los sueños. Ha sido una experiencia impresionante y turbadora, tal vez porque se trataba de una

emoción inusitada, imposible de buscar voluntariamente, que emergió con toda su fuerza tras una larga estancia larvada en los recovecos de mi mente.

No penséis que os he confesado esta vivencia por el puro placer de sorprenderos, sino por su extraño parecido con una experiencia de tipo religioso. Es una forma de ponerlos en guardia: cuidado con éstas, no las atribuyáis irreflexivamente a Dios, a Jesús, a la Virgen o cualquiera que se encuentre más allá de este mundo, porque lo más probable es que procedan de vuestras cavernas interiores, donde se mezclan las emociones y los deseos en tal confusión que no sabemos claramente lo que está ocurriendo. A veces andamos esperando esas experiencias con tanta ansiedad que el simple brillo de un tro-

zo de cristal nos parece la deslumbrante revelación de un Ser Sobrehumano.

Ya veis que imito a Santa Teresa escribiendo a sus monjitas, pero es que tales cosas las he descubierto en el periodo más difícil de mi vida, cuando ideas diferentes y contradictorias iban y venían tropezando las unas con las otras. Por otra parte, si mi “conversión” ha sido obra del Maligno, como algunos pensaréis, debo admitir que es un tipo muy ingenioso: ha utilizado los mismos mecanismos emocionales que usó la divinidad para atraer, por ejemplo, a san Agustín: una revelación deslumbradora que le arrancó la venda de los ojos para mostrarle un mundo diferente. No entiendo cómo pueden parecerse dos revelaciones tan opuestas más que colocándolas en el mismo plano: nuestra mente. Y de ahí mi atrevimiento para ponerlos en alerta.

Por aquel tiempo colaboraba en la prensa local escribiendo acerca de la escuela y sus muchos problemas, un tema que tan entrañable me resultaba por mi condición de maestro, o algún que otro artículo acerca de acontecimientos políticos o sociales que me parecían relevantes. Tenía la cabeza repleta de ideas: mi *Yo ocurrente*, como le llama José Antonio Marina. Y mi *Yo ejecutivo* no podía estar quieto. Mi extraña ‘conversión’ me había proporcionado una infinidad de temas nuevos, de modo que, sin dejar de escribir sobre lo que llevaba escribiendo ya durante varios años, me sentí empujado a comunicar al mundo (bueno, el mundo de los lectores de ese diario concreto) las consecuencias de mi nueva forma de ver la realidad religiosa.

Confieso que a veces me comporté de un modo impertinente. Escribía con desparpajo sobre las procesiones de Semana Santa, las rogativas para que Dios lloviera, el bautismo de bebés que no pueden enterarse de nada, las reuniones de máximas autoridades religiosas de todo el mundo para pedir a Dios la paz... En la sección de Cartas al Director comenzaron a aparecer escritos de creyentes indignados. Se trataba de una respuesta idéntica a la mía cuando era joven ante lo que consideraba ataques a mis creencias. Os recuerdo el berrinche que tomé ante aquel libro escrito por un cura renegado. Y la frase que escribí en mi diario: *“Seré escritor porque todo mi saber lo dedicaré a esta obra magna: destruir a los ateos y moralizar el mundo”*.

Supongo que con lo de destruir no me estaba refiriendo a organizar una nueva Inquisición, sino a la única arma que merece la pena, la palabra, pero la intención, en el fondo, era la misma: barrer del mapa a los incrédulos. Ahora que estoy en paz conmigo mismo, no me siento identificado para nada con aquel mozalbete impetuoso, la verdad es que me horrorizan aquellas ideas que tuve a los diecinueve años. Mi yo de aquel entonces era descaradamente fundamentalista, según el sentido peyorativo que esta palabra tiene en la actualidad, y esa forma de concebir la religión me da bastante miedo. Os transcribo otros dos textos de aquel diario juvenil, ya me diréis si no es para preocuparse:

El primero corresponde a una festividad del Corpus: había estado observando, regodeándo-

me, a la gente que se arrodillaba en las aceras al paso del Santísimo:

“¡Humillaos ahora los que blasfemasteis contra Él! ¡Hundid la cabeza en el polvo de la calle, vosotros los orgullosos!”.

El segundo es una reflexión a la vez piadosa, apocalíptica y absurda:

“En las circunstancias morales en que vivimos no hay más que un camino: Dios. Todo lo demás es descarriarse, torcer el rumbo, perderse sabiéndolo, porque el mundo mira hacia la región de las sombras, porque la sociedad está resquebrajada, y hay que huir de ella antes de que se derrumbe. Si la sociedad es inmunda, no me pesa dejarla. Si la sociedad me demostrara que no necesitamos a Dios, yo destruiría la civilización y hundiría el progreso”.

Mi ingenuidad y mi torpeza de entonces me avergüenzan ahora, pero no he querido privaros de este testimonio porque nos aclara hasta dónde puede llegar una religiosidad mal entendida. Tener diecinueve años no me sirve de excusa esa edad, y antes, comienzan los terroristas a sembrar el pánico en las calles. Sólo me salva un detalle: yo era incapaz de matar una mosca, esa parrafada no era más que el efímero estruendo de unos fuegos artificiales, es decir, fanfarronadas.

Aunque a un nivel menos llamativo en cuanto al discurso, pero mucho más en cuanto a la acción, en estos tiempos de ahora se están repitiendo en vosotros aquellos arrebatos míos. Os cuento.

Estoy en una residencia geriátrica visitando a mi hermana de 94 años (no aquella que me inició en mi fe católica, que anda en otra residencia, lejos, bien cuidada por sus compañeras teresianas). Hay dos señoras y un varón que evidentemente están haciendo una visita a los residentes. Una de ellas se acerca a nosotros y se despide besando a mi hermana y acariciándole la cara. La situación es tan clara que le pregunto si son de la parroquia. Efectivamente. Me dicen que van allí a visitar a los ancianos y rezar el rosario con ellos.

Entonces vienen a mi memoria los interminables rosarios que yo había rezado durante treinta años. Pero el rosario es un rezo fatigoso y aburrido, le digo, pensando que allí no había más persona cuerda que mi hermana y otra señora, las demás, pobrecillas, andaban carcomidas por

diferentes formas de demencia senil. La otra mujer, ya casi en la puerta, me ha oído y clama: ¡Lo será para usted! Por supuesto, llevaba razón, pero lo que me sorprendió fue su tono agrio: no sólo parecía molesta, sino indignada.

En ese momento, el varón se acerca a mi hermana, lúcida pero sorda, y le anuncia que al día siguiente vendrá el cura a darle “la unción de los enfermos”. Usted quiere decir la extremaunción, le pregunto. No, me replica con gesto desabrido, la extremaunción es para los moribundos, esto es otra cosa. Me quedo de piedra. ¿Pero es un sacramento?, insisto. ¡Por supuesto!, responde. Entonces es un sacramento nuevo, ahora hay ocho, le razono. No señor, está equivocado. Pero cuando yo estudiaba en el Seminario... A lo mejor ese día usted no asistió a clase, acaba. Y se marchó.

He vivido y he sido testigo de otras situaciones similares, como este exabrupto que me escribió una lectora en cierta ocasión: “Si tiene usted tanta animadversión contra el cristianismo, alguna secta satánica por ahí lo puede acoger, y si ve tan buena la eutanasia, en Holanda estará muy a gusto, solicítela”.

Tuve que escribirle para demostrarle hasta qué punto había malinterpretado mis palabras, pero esta historia quedará aclarada al final, tened paciencia. Del mismo modo, he leído expresiones despectivas e insultantes contra sistemas o personas que no comparten las creencias religiosas. Por ejemplo: “La patética doctrina del agnosticismo pertenece al basurero de las ideas filosóficas... Es la mediocrizante escuela de los que por negar su origen divino se declaran inca-

paces de comprender lo que otros sí comprenden...”

Actualmente, algunos creyentes escriben una y otra vez en un tono realmente apocalíptico: Europa está en una crisis de valores de la que no puede salir porque ha perdido sus raíces cristianas; la sociedad está cada vez más resquebrajada, se han perdido las normas morales; el individualismo es la tónica general; la familia está amenazada; todos los males que nos aquejan provienen del hecho de que la gente ha perdido el sentido de la trascendencia, cuando el ser humano vuelve la espalda a Dios, la humanidad se está destruyendo a sí misma, etc. etc.

(Comparen la coincidencia con las palabras que anoté en mi diario, hace casi sesenta años,

acerca de aquella sociedad irreligiosa a la que despreciaba y rechazaba).

Ciertos católicos, con una ligereza sorprendente, señalan directamente a los ateos como los responsables de este estado de cosas. Perciben una especie de conspiración bien organizada, y no sólo nacional, contra la Iglesia, como si un grupo de personas se reuniesen, desde no se sabe qué siniestros lugares, maquinando los objetivos y los medios más adecuados para borrarla de la faz de la tierra.

“Lo que está claro con esta movida es que quieren cargarse a la familia”, escribía una señora del Opus Dei horrorizada porque se pedía con insistencia el reconocimiento de las parejas de hecho. Nuestra comunicante veía enemigos fantasmas por todas partes, y no ella sola, como

acabo de decir y seguiréis viendo ahora. Lo más curioso de todo esto es que se estaba repitiendo, casi con idénticas palabras, los argumentos que se esgrimieron cuando la llamada “crisis del modernismo”, que comenzó a finales del siglo XIX como consecuencia del choque entre las nuevas formas de vida y las posturas religiosas tradicionales. No hay nada nuevo bajo el sol.

Este desvelo piadoso de ahora estalló cuando los socialistas accedieron al gobierno por segunda vez. La decisión de legalizar el matrimonio civil de parejas homosexuales, por ejemplo, fue percibida como una bofetada por seculares y jerarquías. La Conferencia episcopal anunció:

“Los parlamentarios católicos tienen el deber moral de expresar clara y públicamente su des-

acuerdo y votar en contra. Las personas del mismo sexo no tienen ningún derecho a contraer matrimonio. La sociedad quedaría seriamente afectada”.

El obispo de Mondoñedo publicó una carta pastoral en estos términos:

“La Iglesia no puede callarse ante la degradación moral que se viene gestando en la legislación. En la sociedad actual hay una postura no sólo anticlerical sino antirreligiosa, una apostasía general. Hay quienes quieren amordazar a una Iglesia que habla de cuanto sucede. Percibimos que hay un regusto especial, tanto por parte de algunos políticos como de algunos sectores de la misma Iglesia, en insistir constantemente en los defectos de la jerarquía. Debe recuperarse pode-

res que le han sido usurpados, lo mismo que hay que recuperar los derechos del pueblo cuando han sido usurpados por algunos dirigentes políticos. No creo que (los grupos críticos con la Iglesia) actúen con mala voluntad; más bien creo que están influenciados por una concepción democrática de la sociedad en que vivimos. Más que cambiar la Iglesia sería más evangélico cambiar nosotros, es el único camino para que cambie la Iglesia”.

Esta última frase nos revela hasta qué punto el buen obispo había olvidado el Concilio Vaticano II.

Muy pronto se puso en marcha la maquinaria eclesiástica: púlpitos, emisoras de radio, prensa próxima a la Iglesia, debates televisivos... Se convoca al enfrentamiento y la razón la deja bien

clara el Cardenal Ricardo M^a Carles equiparando la obediencia al gobierno con la obediencia que llevó al exterminio de personas en Auschwitz. El cardenal Rouco se preguntaba en la misa de acción de gracias por la elección de Benedicto XVI:

“¿Hay forma de mayor arrogancia que la que pretende desde el poder regular el derecho a la vida, el trabajo, el matrimonio, la familia, la sociedad, la patria, como si Dios no existiese?”

(El cardenal no fue consciente de las consecuencias de esa frase, porque quienes gobiernan *teniendo en cuenta a Dios* son muchos países del Islam. Monseñor estaba apuntando a una teocracia como forma de régimen político).

Por las calles de Madrid, clérigos y seculares se manifestaron multitudinariamente. Algunos católicos ilustrados se unieron a la protesta, pero tenían las ideas más claras.

“(Ante un Estado laicista) ¿qué podemos hacer? En el caso de las iglesias maltratadas, sus miembros deberíamos adoptar posiciones de fuerza (que no de violencia), para lo que son necesarias muchas dosis de utopía y de confianza aferrada a la mano fuerte de Jesús, en el caso de los católicos. Nada de eso será posible mientras la Iglesia no cambie desde dentro su talante constantiniano, su dormición en los viejos “laureles”. La inesquivable purificación interior exige de entrada la valentía de renunciar al cesaropapismo, comenzando por el abandono del desgraciado Concordato Iglesia/Estado. Para venir a

serlo todo, no queramos ser algo en nada. Estos días, mientras visitaba con unción las catacumbas romanas, me decía a mí mismo: ¡A las catacumbas, no a las barricadas! Mas, cuando se quiere resucitar sin morir a todo eso, se está olvidando que nadie puede ser mayor que su maestro”.

Al autor de este párrafo, Carlos Díaz, lo encontré en una sencilla revista católica de gente que sí parece haber entendido las intenciones de Angelo Roncalli.

Muchos eclesiásticos se empeñan en influir sobre sus fieles en cuestiones que ni siquiera amenazan a la Iglesia, aunque el cardenal Marcelo González y una parte importante del episcopado no lo entendió así en 1978: pidieron a

sus fieles el no en el referéndum de la Constitución Española “porque es atea, anticlerical y contraria al derecho común”.

La cosa viene de lejos. En 1931, el Cardenal Pedro Segura llamó a la rebelión contra el gobierno de Manuel Azaña con palabras también apocalípticas:

“Que la ira de Dios caiga sobre España si la República persevera”.

No era la primera vez que los prelados se oponían a las decisiones de un gobierno legítimamente constituido. En 1870, cuando se estudiaba la necesidad de implantar el matrimonio civil, todos los obispos españoles se unieron: “El matrimonio civil no será jamás otra cosa que un inmoral concubinato o un escandaloso incesto”.

Cinco años después, la Iglesia consiguió que Alfonso XII suprimiera esa ley. El cardenal Miguel García Cuesta dijo ante el rey:

“En una nación católica no cabe el derecho al error”.

Cuando el poder civil se desvincula de la religión (algo que está obligado a hacer), clérigos y seculares vociferan y acuden a los partidos de derechas para que les apoye. Si tenéis paciencia hasta el final, quizás entendáis que hay otra forma de hacer las cosas para un cristiano.

Ahora bien, lo que más me interesa destacar no es el rechazo mismo, que los no creyentes respetamos gracias a ese avance (no eclesiástico, por cierto) de la libertad de expresión, sino el

tono hosco, agresivo con el que se expresa. En el fondo, es otra forma de mostrar el profundo cabreo ante una sociedad que no se parece ya en nada a aquella otra en la que la Iglesia asumía el papel rector, como en los tiempos en la Edad Media o del franquismo en España.

Hay una especie de añoranza del cercano pasado en este país, cuando el crucifijo presidía las aulas, los sacerdotes y catequistas tenían abiertas las escuelas de par en par, los maestros llevábamos a nuestros alumnos a misa todos los domingos y fiestas de guardar, los obispos se movían con soltura entre los gobernantes, la prensa irreverente estaba prohibida y los templos se llenaban de fieles. Fue una larga época de felicidad para las jerarquías católicas y para sus fieles instruidos.

Pero sucedió una tragedia: la monarquía desapareció y los republicanos se hicieron con el gobierno. Aunque pocos, fueron años penosos para los católicos. Pero entonces apareció Franco, el Caudillo, que puso las cosas en su sitio. Todo marchó de maravilla durante unos cuarenta años, hasta la aparición de la democracia. La llegada de los socialistas al gobierno por dos veces ha disparado las alarmas.

He hablado sólo de eclesiásticos españoles en pie de guerra, así que tal vez creáis que estas cosas sólo suceden en nuestro país, y estaríais equivocados. El cardenal Andreas Laun, de Salzburgo, escribía en 2004 en un tono también dramático:

“La realidad es que el Islam quiere hacer musulmana a Europa...(Pero) que no se les haga

ningún reproche a los musulmanes. ¿Por qué no deberían tomar en propiedad una Europa cada vez más y más desierta de niños? ¿Qué cultura europea les debería impresionar? ¿Nuestras modernas y absurdas obras de arte realizadas con chatarra, nuestros matrimonios homosexuales, nuestra inmoralidad sexual que enseñamos a los niños en la escuela, nuestro teatro moderno, en el que los actores tienen que presentarse sentados encima de los inodoros en ropa interior, nuestra negativa a citar a Dios o su Ley en público, nuestro escarnio de la religión en lo que llamamos libertad artística, nuestro cinismo por el cual las comisiones éticas legitiman la muerte de nuestros propios hijos antes del nacimiento? ¿Sería tan grande la pena por la pérdida de una Europa así? Los musulmanes responde un

No, y quieren construir su Europa islámica en consecuencia”.

(En “Alfa y Omega”, semanario católico incluido como apartado en ABC, de tirada nacional).

En realidad, estas protestas vienen de lejos. Los extraordinarios avances de la ciencia y la tecnología han descolocado a muchos cristianos. Me remito a lo que os decía más atrás: la Biblia, tanto la hebrea como la cristiana, no puede ofrecer ahora soluciones válidas para estos tiempos. Hay una lucha manifiesta por mantener las ideas tradicionales ante este maremágnum novedoso.

"La religión y las ciencias de la naturaleza están trabando un singular combate en una cruzada incesante e inacabable contra el escepticismo y el dogmatismo (científico, según el contexto),

contra la falta de fe y contra la superstición. El grito de guerra en esta cruzada ha sido: ¡Hacia Dios!"

(Max Planck, Nobel de Física; formuló la teoría de los cuantos).

Los científicos y filósofos creyentes son los primeros que se imponen la obligación de alzar la voz recurriendo incluso a la misma ciencia: Popper, John C. Eccles (ambos escriben juntos a menudo), Heisenberg, Torrance, Planck, Lemver, Dubos..., todos ellos figuras de reconocido prestigio. He tomado estos nombres del libro de Eccles titulado *La psique humana*, una larga y detallada exposición acerca del cerebro donde expone su teoría del dualismo-interaccionismo, o sea, por simplificar, que el asunto es mucho más

peleado: tenemos un alma y un cerebro que interactúan entre sí.

En el prefacio escribe:

"El pasado siglo de catarsis filosófica y religiosa ha despojado al género humano del concepto religioso de alma y del más profundo significado espiritual de la vida personal. El fruto de esta situación es el hedonismo o el nihilismo de la desesperación".

Según Eccles, Heisenberg, también físico alemán, autor del famoso 'principio de incertidumbre', escribió:

"Si la fuerza magnética que ha guiado esta brújula particular (se refiere al cristianismo) llegara a perder fuerza y extinguirse, a la humanidad le

ocurrirían tremendas desgracias, peores aún que los campos de concentración y que las bombas atómicas".

Y René Dubos, microbiólogo, premio Pulitzer en 1968 por su obra *So Human and Animal*:

"El problema más acuciante de la vida moderna es probablemente el sentimiento humano de la pérdida de sentido o significado de la vida. Las antiguas religiones y doctrinas sociales se han visto erosionadas por el conocimiento científico... Como resultado, la expresión Dios ha muerto ha adquirido amplia resonancia en círculos teológicos y seculares. Puesto que el conocimiento de Dios simbolizó la totalidad de la creación, el hombre se encuentra ahora a la deriva".

Y por no cansaros más, un último testimonio:
El doctor Pugh en *The biological Origins of Human Values*, 1978.

"El énfasis que pone la educación moderna en el método científico combinado con la falta de énfasis en los conceptos espirituales, religiosos y filosóficos, ha provocado una distorsión en nuestra cultura, en la cual se exageran los valores "racionales" materialistas y se ignoran olímpicamente los valores espirituales y emocionales, si es que no son suprimidos por la mente "racional".

Es fácil ver una idéntica inquietud en todos los textos que vengo citando y los que aún os citaré a continuación. Observad, una vez más el extraordinario parecido con mis propias palabras

cuando era un joven vehemente. Pero, ¿cuál es la razón última de estas desazones?

Voy a arriesgarme haciendo una valoración también psicológica: Quienes hemos asumido las creencias como algo esencial de nuestras vidas, incluso de nuestra misma personalidad, estamos convencidos de que no podríamos vivir sin ellas. Una crítica, una opinión, incluso una simple expresión irónica, se perciben como un ataque, no ya a nuestras creencias, sino a nuestro yo mismo, porque ambas cosas, el yo mismo y las creencias, forman una unidad indisoluble (“cuando un individuo posee una fe, es ella quien lo posee a él”, escribió Salvador Giner en su *Sociología*). Si he llegado a creer que me es imposible seguir viviendo sin mi religión, el pánico se apoderará de mí cuando alguien la ponga en pe-

ligro. Sería como si intentara agredirnos físicamente. Hay que defenderse. Y del pánico al berriñche sólo hay un trecho. Lo sé por experiencia.

Algunos padecen otros temores vinculados a los que acabo de contar. Sólo voy a referirme a uno de ellos, el que más me preocupa. Bastará transcribiros las declaraciones de dos seculares, un sacerdote y un obispo, cuyos nombres y apellidos me constan, pero que no considero adecuado revelar aquí.

“Una escuela sin religión conduce al nihilismo, a la destrucción de la persona, a quien se le ha negado la referencia a Dios: el sentido trascendente de la vida”.

“Tanto tendrá una sociedad de secularizada cuanto tenga de deshumanizada....Si al hombre le quitamos la referencia al Creador y a su destino eterno, le arrancamos su dignidad. Si Dios no existe, ¿qué me impide matar a alguien, violar su libertad o aprovecharme de él?”

“Fíjense qué monstruosidad. Quieren quitar del corazón del hombre la huella de Dios, que nos manda amar a los demás como Jesús nos enseña. Y creen que al borrar toda relación con Dios, usando un laicismo agresivo y excluyente contra quienes no piensan como ellos, el hombre se va a convertir sin más en un angelito de verdad y pureza. Si le quitan al hombre la relación con Dios, que es Amor, seremos otra vez el hombre fiera devorando a los demás”.

Las palabras del obispo ya han aparecido arriba, pero es bueno recordarlas: “¿Hay forma de mayor arrogancia que la que pretende desde el poder regular el derecho a la vida, el trabajo, el matrimonio, la familia, la sociedad, la patria, como si Dios no existiese?”

La coincidencia es total: los humanos, si prescindimos de la divinidad, nos ponemos en peligro de caer en los más bajos instintos de destrucción mutua. Dios es el garante de la buena convivencia. Pero, ¿qué Dios?, me pregunto, ¿bastaría el de Mahoma, por ejemplo? De todas formas, el inconveniente de estas ideas radica en que hay que ser creyente, como condición previa, para ser buena persona.

Esto nos conduce a varias conclusiones desafortunadas: una de ellas es que los no creyen-

tes no pueden comportarse debidamente al carecer de una autoridad moral divina o del temor a ser juzgados por esa autoridad; otra, que es imposible una ética laica, un humanismo no religioso; y una tercera, que deberíamos subordinarnos a una Iglesia o religión determinada, es decir, a unas autoridades religiosas concretas que son las que van a dictar las normas de comportamiento según las ha revelado Dios en sus Escrituras, en nuestro caso, la Iglesia católica.

La primera conclusión es falsa, por supuesto: no sólo estamos inclinados al mal sino que, además, poseemos una orientación innata a la compasión, a la solidaridad. Son las dos caras de nuestra naturaleza humana. La segunda no se sostiene: porque si estamos predispuestos a la compasión, estamos poniendo en práctica una moral laica, y, además, porque que los humanos,

filosofando, mucho antes de que Jesús naciera, descubrieron por sí mismos las diversas y posibles formas de convivencia.

Hoy día, la tendencia de muchos pensadores es la de universalizar unas normas a las que puedan adherirse todos los creyentes del mundo sin distinción y todos los no creyentes sin exclusión. Ahí están el Parlamento de las Religiones del Mundo, los Derechos Humanos, o la idea de interculturalidad del doctor Panikkar y un largo etcétera. Las religiones no unen a toda la humanidad, sólo a sus fieles entre sí, y abren una brecha con los otros grupos. A la vista está con lo que está ocurriendo entre Oriente y Occidente. Se hace necesario algo que las trascienda y las incluya a todas.

La tercera conclusión (hay que pertenecer a la Iglesia católica para poder ser buenos) no es

errónea ni verdadera, simplemente es interesada.

De todas formas, no hay más que observar lo que sucede a diario, si no deseáis echar un vistazo a nuestra Historia, para concluir que el simple hecho de creer en Dios no garantiza automáticamente una conducta buena. Si queréis un caso extremo, escuchad a un líder baptista defendiendo la invasión de Irak por los norteamericanos:

“Hacer una guerra justa es un acto de amor cristiano al prójimo. Hay que castigar el mal y premiar el bien. Ha llegado la hora de la violencia”.

La Convención Baptista del Sur tiene 16 millones de adeptos, y el líder que pronunció esas

palabras es el presidente de la Comisión de Ética. ¿Está loco? Hay demasiados creyentes locos entonces.

Item más: Desde hace bastantes siglos, en todas las escuelas del mundo, incluso en las universidades, se ha iniciado, instruido y aleccionado al personal en materia religiosa, pero ello no ha sido impedimento para que muchos de esos alumnos acabaran convertidos en personajes indeseables: políticos corruptos, papas desvergonzados, empresarios codiciosos, sacerdotes pederastas, reyes y dictadores asesinos, militares sin escrúpulos..., sus nombres están en las mentes de todos.

Bueno, sólo quería mostrar lo que dije: entre ser creyente y ser bueno no existe una relación causa-efecto.

Por otra parte, si la autoridad humana, que está presente por medio de sus agentes, que es concreta y reconocible por todos y cuyos castigos pueden comprobarse perfectamente, bien sobre uno mismo o sobre otros, se muestra incapaz de acabar con las conductas antisociales, ¿cómo esperar que una autoridad invisible, que carece de agentes que ejecuten sus sentencias y cuyos castigos no pueden comprobarse, consiga detener las inclinaciones desordenadas?

Y por último, la razón decisiva e irrefutable: mi familia. Ya os he dicho que no eran creyentes a pesar de estar bautizados, sin embargo la conducta de todos ellos era tan moral, o tan ética, tan de sentido común o tan lógica, como queráis llamarla, que cualquier alta jerarquía eclesiástica

le hubiese concedido el *nihil obsta* sin pensarlo dos veces. En mi casa, amén de encontronazos y protestas, había cariño, respeto a los mayores, trabajo compartido, ayuda mutua... ¡y éramos doce personas!: mis padres, ocho hermanos, un tío soltero que encontró cobijo entre nosotros y la abuela materna, que nos trajimos de Barcelona para que descansara de una vida llena de penalidades cuidando a sus hijos y nietos emigrantes. Ya veis.

En fin, si la Iglesia es de origen divino no hay razón para temer nada. Los no creyentes (científicos, educadores, políticos, filósofos o gente de la calle) no somos enemigos, no nos manipula ningún ser maligno, sólo tenemos ideas diferentes. Y es mejor así, eso os mantendrá en una tensión espiritual razonable para que no os dur-

máis en los laureles, como suele decirse. Para que no vuelva a suceder lo de Constantino.

Ahora soy uno de esos incrédulos a los que hace más de cincuenta años deseaba destruir. Sin embargo, mi incredulidad actual, como os he contado, no me ha impedido sentir una extraña fascinación por las religiones, esa tumultuosa amalgama de ideas que evidencia la extraordinaria imaginación de los humanos y su decisiva influencia, a veces para bien, a veces para mal, en toda la Historia.

Pero casi nadie repara en un hecho objetivo: el cristianismo, como todas las religiones, ha tenido que sufrir el paso inexorable del tiempo, que acumula el polvo y la hojarasca sobre las ideas y las prácticas hasta distorsionar el mensaje de su fundador. Recordad a los budistas, por ejemplo,

o a los musulmanes. Una asidua lectura de los Evangelios me ha proporcionado, de Jesús, la imagen de un hombre entregado totalmente a su utopía, limpio de corazón, crítico desmesurado de la religión que se nutre de prácticas absurdas y amigo de provocar convocando a su reino a pobres y prostitutas. Y sucede que, a menudo, cuando veo determinados hechos algo en mí se rebela, porque golpean sin compasión la imagen de Jesús que llevo aquí dentro.

Por ejemplo, enciendo la televisión. Transmiten imágenes de la subida al trono de San Pedro de un nuevo papa. Lo del trono lo dice todo: reminiscencia del añorado poder de la monarquía. Es todo un espectáculo. Hay un flamear al viento de sotanas y capas de colores, una procesión inacabable de clérigos ilustrísimos y excelentísi-

mos, diáconos, monaguillos, iconos, velas, salmodias interminables, ilustres invitados de la realeza y de los gobiernos, un gentío abigarrado que no quiere perder detalle... Entonces sucede: la imagen del Jesús hebreo que llevo dentro, que andaba Palestina sin tener donde reclinar su cabeza, se enciende en mis neuronas sin que yo la reclame, y la comparación se hace insoportable. Cambio de canal.

Aldoux Huxley, en *La situación humana*, ya había explorado este hecho de la ostentación desde un punto vista social y psicológico:

"La pompa es otro arte popular utilizado por reyes y eclesiásticos para realzar su prestigio. Los disfraces sumamente elaborados de personajes de la monarquía y el clero acrecientan el prestigio de las personas que lo llevan, pero no hay

duda de que a su vez procura un inmenso placer a grandes masas populares, que viajarán con ese fin desde muy lejos para asistir a las grandes solemnidades religiosas y estatales".

Entendedme, esas imágenes me incomodan por varias razones: el simple hecho de ser un espectáculo (el único que escenificó Jesús, su entrada en Jerusalén, fue bien sencillo: según Lucas sólo aparecieron como actores sus discípulos); la ostentación descarada, ante el mundo, de su propia importancia; y esa explosión innecesaria de poder económico.

Creo que fue en 1988 cuando el Papa Wojtyla hizo pública su encíclica *Solicitud rei socialis*. Nunca llegué a leerla, pero la prensa se encargó de airear lo más sorprendente: un desafío a las

jerarquías poniéndoles desnudos ante la incoherencia que suponen las riquezas eclesiásticas frente a la pobreza de tantos individuos y familias. Sin duda, el Papa había leído los Evangelios. Pero el poder de una tradición que duraba más de mil años, no permitió que aquel desahogo revolucionario fructificara, ni siquiera que echara raíces. Tal vez sólo fue un repente delante de un crucifijo, a solas con él, y luego que escribió lo que pensaba llegaron los avisos para las audiencias, los ángelus, las ceremonias en la basílica... El río que le empujaba había adquirido demasiada fuerza, no podía hacer otra cosa que dejarse llevar, que, por cierto, no parece ser nada desagradable.

Tampoco era cuestión de dar una orden tajante como aquella de Jesús: “Vended cuanto de valor guardáis en los templos, monasterios y

abadías: cuadros, imágenes, retablos, cálices y patenas y custodias, y enviad lo recaudado a las organizaciones que se dedican a los pobres”. Demasiado revolucionario. La jerarquía eclesiástica llevaba ya quince siglos enredada en sus bienes. Ya los tenía antes del emperador visionario y guerrero, pero eran clandestinos. Me vais a permitir que vuelva a la Historia de las Religiones de Siglo XXI y os transcriba íntegro un párrafo:

“A partir de Constantino, la riqueza abierta, protegida, reconocida, privilegiada, de la Iglesia aumentó rápidamente sin que se la pueda evaluar y precisó registros de contabilidad a partir del pontificado de Liberio (352-366). Al final del siglo V, la Iglesia de Roma tenía propiedades y rentas en Italia, Sicilia, Córcega, Cerdeña, Dal-

macia, Galia, África, Egipto y Siria. Las oblaciones, la generosidad imperial, las donaciones de particulares, acumularon edificios, rentas y cada vez más tierras en manos de la Iglesia. La legislación romana se modificó a su favor: hasta entonces no se consentían legados más que a una persona física individual; a partir del año 321 el emperador autorizó las donaciones a las iglesias. Se les abrió así la vasta prebenda de las disposiciones testamentarias. El obispo añadió a sus funciones la de administrador de bienes, función cada vez más importante”.

El enredo mundanal había comenzado. Nadie advirtió que la burocracia iría enredando más y más al Vaticano. No existen muchas instituciones que puedan desenvolverse sin fondos, y todos sabemos que dinero significa previsión, futu-

ro asegurado, ahorro, bienestar, inversiones...El Evangelio, por su parte, habla de pobreza bienaventurada, de despreocupación por el futuro, de solidaridad y de confianza en la Providencia. ¿Cómo compaginarlos? No lo sé, la verdad. Estaba convencido de que resultaría una tarea imposible, pero no, alguien lo ha logrado: las Iglesias cristianas. He aquí lo que escribió un ministro episcopaliano:

“No entiendo por qué la inversión ha de constituir un escándalo. Ninguna institución puede vivir sin dinero. ¿Y no será mejor invertirlo que esté bajo el colchón?”

No me detendré en ellas porque todos vosotros conocéis bien las palabras del Maestro acerca de la pobreza y hasta qué punto las ri-

quezas nos ponen en peligro. Palabras subversivas, demasiado radicales, desde luego: los pájaros no siembran ni cosechan, los lirios no se fatigan ni hilan (ninguno de ellos trabaja, pues), pero Dios se preocupa por su subsistencia, y nosotros valemos más que ellos. Basta con buscar el Reino y su justicia y cuanto necesitemos se nos dará por añadidura. Dinero y evangelio no se entienden. Evangelio y realidad, tampoco. Las Iglesias, puestas a elegir, lo hicieron con sentido pragmático: eligieron la realidad, es decir, el dinero. Colocaron el evangelio arriba, bien a la vista, y el dinero abajo, intentando, inútilmente, disimularlo. Desde entonces sirven a dos señores. Y les va bien.

¿Qué pensaría de esto el Maestro hebreo?

Sólo tenéis que hacer algo bien sencillo: imaginar que aparece por aquí de nuevo, se llega a la Plaza de San Pedro y cualquier paseante le informa: Ahí vive el representante de Cristo en la tierra, a quien, aparte de su nombre de pila y de Papa, se le llama Sumo Pontífice (un título de los sacerdotes paganos, por cierto), Padre Santo, Pastor Universal, Cabeza de la Iglesia, Su Santidad y Beatísimo Padre. Su casa es un Estado terrenal como tantos otros, con sus propios ministros y respectivos secretarios y le representan embajadores en los cinco continentes. Tiene un salón especial para recibir a los grandes de este mundo, reyes, políticos, científicos, artistas de prestigio, que le besan el anillo exclusivo que les ofrece, y además es propietario de un Banco, con todo aquello de los administradores, tesoreros, cajeros, vigilantes, y esas historias tan com-

plicadas de transferencias, amortizaciones, liquidaciones, beneficios y pérdidas...

Seguid imaginando que lo llevan, o lo llevamos, a la Basílica de San Pedro, ese interior espléndido y acojonante, y le dijésemos: Ese hombre de mármol blanco, muerto en brazos de su madre por obra y gracia de Michelángelo, es Jesús, el rabí palestino. Ahora lo introducimos en la Capilla Sixtina, donde será incapaz de reconocer a tanto personaje veterotestamentario repartidos por la techumbre, ni a sí mismo con aquel gesto de ira expulsando a los pecadores al infierno en el Juicio Universal, ni a Dios con el trasero al aire mientras crea las plantas del planeta, ni a tanta gente en pelotas a diestro y siniestro. Permitidle que asista a esa ceremonia vaticana en la que se elige nuevo papa, llevadle por toda la cristiandad para que contemple las iglesias orto-

doxas atiborradas de iconos, los templos suntuosos, las imponentes catedrales y basílicas, con toda la parafernalia que las acompaña: altares, retablos, capillas, presbiterios, púlpitos, baptisterios, coros y órganos...

Esto no es más que un ejercicio mental que quizá, sólo quizá, podría servir para que os enfrentéis a esa realidad a la que me he referido: la Iglesia, las Iglesias, se han instalado firmemente en este mundo de aquí abajo. Ni siquiera renuncian a la magnificencia del arte.

Pero al tiempo que escribo esto, me viene a la memoria el recuerdo de los Hermanitos de Jesús. Los estudiantes de teología y filosofía los descubrimos en mis tiempos del seminario. Y nos entusiasmaron. Eran hombres y mujeres sin ningún disfraz que los distinguiera (creo que

ellas llevaban un sencillo pañuelo a la cabeza), unos vivían en un piso, siempre en las barriadas más humildes, otros, en una chabola cerca de la playa, tenían un trabajo para ganarse la vida (algunos, a pesar de ser universitarios, desempeñaban empleos puramente manuales), mantenían con vecinos y compañeros las relaciones propias de la convivencia, y siempre estaban dispuestos, hermosa palabra para una persona religiosa, cuando unos u otros necesitaban cualquier clase de ayuda.

¿En que se diferenciaban de curas y seglares comprometidos? Resulta sorprendente, pero convence: no hacían apostolado, como decíamos en el Centro de mi parroquia, no repartían biblias, folletos o estampitas, ni organizaban reuniones para tratar de convencer a nadie de que fueran a misa o se comportaran como bue-

nos cristianos. Puesto que todos conocían su religiosidad, su lema se reducía a dar ejemplo de coherencia entre lo que creían y lo que hacían. O sea: ellos se limitaban, según sus entendederas, a ser espejos en los que se reflejara la divinidad, y estaban convencidos de que cuanto mejores fuesen mejor la reflejarían. El polo opuesto a esos eclesiásticos del Vaticano a quienes me refería más arriba. Pero están más cerca del Jesús histórico.

A veces maquino ideas sediciosas: ¿qué pasaría si vuestros clérigos imitaron la forma de vivir el cristianismo de estos humildes Hermanitas y Hermanitos? Mejor ni pensarlo. El sacerdocio, desde los tiempos más remotos, muchísimo antes de Cristo, se configuró como una casta social diferenciada, eran los intermediarios de la divinidad, dirigentes. Religiosos pero dirigentes:

autoridades, guías, superiores, líderes. Lastimosamente, las jerarquías cristianas no supieron crear otra forma de sacerdocio más novedosa, más en consonancia con las ideas de Jesús, que no tuvo más autoridad que la de su sabiduría, ni fue sacerdote hebreo. O quizás no pudieron. Provenían del judaísmo y estaban inmersos en un mundo de religiones establecidas, institucionalizadas, todas ellas dirigidas por la casta sacerdotal.

Así que ya veis: he hablado de pobreza, pero no quería referirme sólo al desprendimiento de los bienes económicos, ni hacer un llamamiento como el de Jesús, que sería pasarme de la raya. Hay otra forma de ser “pobre”: la sencillez de vida, la moderación, la frugalidad, la humildad. Cosas así.

(Nuevo inciso: La palabra humildad no me gusta, está emparentada con humillar y humillante, amén de otros vocablos de la misma familia: mansedumbre, docilidad, acatamiento, resignación, todos ellos a cual más negativo. Pero no tengo otra, de modo que me veo obligado a explicarla en el contexto en que me muevo aquí: la conciencia de haber recibido de Dios una gracia, o un regalo que no son merecidos. Las consecuencias de este sentimiento son muy interesantes: no hay lugar para la vanagloria, la altivez, la arrogancia o la ostentación).

Lo que ocurre es que tanto los incrédulos como los cristianos de sólo bautismo, que andan desligados de la Iglesia, tienen de Jesús la misma idea que yo. Son dos mil años los que hemos vivido inmersos en una sociedad cristiana; por

activa y por pasiva esa imagen se ha impuesto hasta formar parte ineludible de nuestro patrimonio cultural de Occidente. De una forma natural, también ellos la comparan con las Iglesias actuales, y esa comparación chirría como dos ruedas dentadas que no encajan.

Se ha hablado mucho de anticlericalismo, pero casi ningún autor lo ha relacionado con la imagen poco edificante que ha proyectado la clerecía desde que ascendió al poder social, incluso político. Las críticas al papado, y a clérigos y frailes, acusados no sólo de simonía, sino de tragones, bebedores, presuntuosos, hipócritas, amancebados, ambiciosos, etc., aparecen ya a finales de la Edad Media (recordad las alusiones en el *Boccaccio*, en Dante, el Arcipreste de Hita, el Canciller Ayala, las “*coplas de la muerte*”, el anónimo *Libro de Alexandre*, *Las Coplas del provin-*

cial, en Fernán Pérez de Guzmán, Fernando del Pulgar, incluso en el refranero popular...) y, desde entonces, no han cesado las denuncias ante esa contradicción flagrante entre el mensaje de Jesús y la conducta de sus representantes.

Os sugiero que leáis *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, de Julio Caro Baroja; podréis comprobar hasta qué punto, en determinadas ocasiones, resultaba lógico ser anticlerical.

Pero no hay que limitarse a clérigos y religiosos, o quedarnos sólo en la crítica a la Iglesia, las Iglesias, como institución, también hay seglares que presumen de su cristianismo, van a misa, se codean con curas y obispos, dan limosnas a los pobres de la esquina y mandan cheques a la parroquia, pero no se privan de lujos innece-

sarios ni de negocios turbios y otras lindezas por el estilo. Desprenderse de las cadenas que sujetan al mundo requiere un cierto grado de heroísmo, desde luego, pero, por lo que yo he leído en los Evangelios, se me antoja que eso es precisamente lo que se necesita para ser un auténtico cristiano.

Pero puedo andar equivocado, por supuesto.

En fin, esta ha sido mi experiencia religiosa, que ha ocupado casi toda mi vida. Ahora me encuentro observando a clérigos y seculares de esta Iglesia de la que formé parte y, como habéis leído hasta aquí, no me gusta lo que veo. ¿Y a usted qué le importa -preguntará alguno de vosotros- si ya no es creyente? Os daré una respuesta, aunque no os impresione demasiado. La Iglesia, como institución, y como Estado terrenal, no

como religión, mantiene una presencia y una indiscutible influencia en casi todo el mundo, y aún se siente con suficiente autoridad como para decirles a los científicos y a los políticos lo que deben o no deben pensar y hacer. Y puesto que esta Iglesia se mueve a años luz de distancia del Maestro Jesús, se atribuye una autoridad que no tiene.

Partiendo de estas consideraciones, he sentido la tentación de arrimar el hombro con la intención de que esa Iglesia se decida de una vez a barrer toda la broza y la carcoma que se le ha ido acumulando para que, incluidos los no creyentes, todo el mundo la tome en serio y la respete. Es una forma de rendir homenaje al rabí hebreo.

Ya os he recordado los riesgos de las Escrituras, de la oración, de una religiosidad mal entendida (como la mía), de la soberbia de creeros en posesión de una verdad indiscutible, de la ostentación torpe, del miedo a creer que toda la sociedad puede derrumbarse si la gente deja de creer y los gobiernos frecuentan el laicismo. Aún quedan algunas cosas que no puedo, ni quiero, dejar de lado.

Por ejemplo, las imágenes.

Tenéis una idea aproximada de lo que pienso al respecto desde que hace sólo un instante llevamos a Jesús a la Capilla Sixtina. Pero ahora permitidme, para centrar el tema, que vuelva de nuevo a mi autobiografía.

A pesar de que, como os dije, mi familia no era católica practicante, recuerdo que en casa

teníamos, a la cabecera de la cama de papá y mamá, un cuadro grande de la Virgen del Carmen (he aquí una muestra del despiste de las creencias religiosas populares): la Señora tenía al Niño en sus brazos y ambos extendían las manos en un gesto de llamada a las almas del purgatorio, que aparecían bajo ellos, medio desnudos, las manos unidas en oración y la cabeza levantada hacia la Madre y el Hijo que trataban de sacarlos de entre las llamas que los purificaban. Pura pedagogía: años enteros viendo aquel cuadro eran más que suficientes para que yo aprendiera, para siempre, qué es el purgatorio y cómo se puede salir de allí.

Este es precisamente el argumento que esgrimen quienes defienden la necesidad de las imágenes. Y la cosa, la del argumento, viene de lejos: me dicen que lo sacaba a colación, hace

doce siglos, San Juan Damasceno: el honor que se les tributa a las imágenes va dirigido al que es representado por ellas, sirven para elevar el alma más allá de la propia imagen, decía.

Desde un punto de vista pedagógico es impecable, ya lo he insinuado antes, pero olvidamos que los creyentes poco o nada instruidos pueden detenerse en la escayola, el mármol, la pintura o cualquiera que sea lo que sustituye a la realidad, y se detienen, en efecto, como sucede, por ejemplo, en la salida de la Virgen del Rocío de su capilla: los asistentes gritan, se abalanzan sobre la imagen, se empujan para llevarla en hombros, levantan a los niños sobre las cabezas para que puedan tocarla. Están volcados en una muñeca previamente vestida y adornada. El icono se ha convertido en un fetiche que protege.

La interioridad permanece cerrada a lo que verdaderamente importa.

Qué torpeza, empeñarse en acercar lo sagrado a los sentidos de un modo irrespetuoso por ridículo: el Padre de Jesús es un anciano de larga barba blanca, Jesús, un anglosajón de gesto amanerado, más andrógino que otra cosa, el Espíritu Santo, una paloma blanca que despide rayos de luz, como si la imagen que aparece en los Evangelios, de donde está tomada, fuese algo real y no puramente simbólico. Escuchad, por poner otro ejemplo de estas tierras españolas del sur, tan marianas, lo que escribía un jesuita poeta y sevillano, Ramón Cué, enamorado de la Semana Santa andaluza:

“Que traigan claveles, que traigan cirios, que traigan plata, que traigan joyas y se las prendan del pecho, porque le dijo el Ángel que estaba lle-

na de gracia. Y si la Virgen se empeña en llevar su puñal de Dolorosa, que se lo traigan, pero que sea de oro y cuajado de piedras”.

Hay otras liturgias desatinadas respecto a las imágenes: aparte las trasnochadas coronaciones de las numerosas advocaciones de la Virgen, me incomodan los santuarios erigidos allí donde ella supuestamente se aparece. ¿Por qué me incomodan? Miles de personas desvalidas acuden a algunos buscando remedio a sus males. Me duelen esos enfermos, me da igual que algunos lo consigan, cualquiera que sea la explicación que tengan esas curaciones, porque aún en el caso de que uno solo no lo logre, me parece dramático e intolerable. ¿Puede estar la salud de una persona al albur de un ser divino que parece jugar a los dados? La verdad, me es imposible

concebir a un Dios así, por muy difícil que resulte conocer sus pensamientos. ¿Recuerdan ustedes la piscina de Bezatá, en el capítulo quinto del evangelio de Juan?

“En sus pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, parálíticos, esperando la agitación del agua. Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que se metía quedaba curado de cualquier mal que tuviera”.

Lo absurdo de la situación es que nadie sabe cuándo bajará el ángel y cuando lo hace (imaginad qué tropel de pobres desahuciados se abalanza ansioso a la piscina), sólo cura a uno. Me consuela, sin embargo, porque es razonable, que la Biblia de Jerusalén, a pié de página, afir-

me que la agitación del líquido elemento “*se debe sin duda a un nuevo brote intermitente de agua*” (no llega ningún ser celestial), y que “*los mejores testigos omiten estas palabras y todo el versículo cuatro*”, o sea, lo del ángel que baja y lo del primero que se mete en la piscina. Los mejores testigos, como sabéis, son los manuscritos antiguos más fiables.

Y puesto que hablamos de imágenes, estoy recordando una frase muy conocida entre quienes se dedican al estudio de las religiones. Proviene de un religioso hindú y es especialmente ilustrativa para lo que estamos diciendo: “*No seáis tan ignorantes que confundáis el dedo que señala, con la luna que estáis señalando*”.

Pero el problema (imágenes sí, imágenes no) sólo es la punta del iceberg, como suele decirse:

en el fondo está el eterno dilema que siempre se han planteado los creyentes instruidos de todas las religiones: ¿cómo se puede conocer a un Dios incognoscible? No tengo la absurda intención de ofrecer una respuesta. Ni dispongo de ella ni me interesa. Pero me he topado a menudo con algunas personas, bien instruidas, por cierto, que hablaban de él con total y natural desparpajo. Ved vosotros mismos.

Alguien trajo a casa una publicación en forma de periódico. Lo editaba una comunidad religiosa cristiana no católica. La mayor parte estaba dedicada a mostrar las maravillas que realiza el asombroso poder de Dios en aquellas almas y cuerpos que ponen su confianza en él a través de esa Iglesia en particular. Si usted tiene problemas físicos o espirituales, acuda a Dios, en-

tréguese a él sin reservas y esos problemas desaparecerán. Y para que el lector se convenza se relatan algunos ejemplos.

Una señora, casada y con dos hijos, cayó en la ludopatía. Gastaba 300 euros al mes en las dichas máquinas tragaperras. El marido se harta y la echa de casa. Se va con sus padres y acude a un psiquiatra: tres años de tratamiento para nada. Pero una noche enciende la radio y escucha el programa “Palabra de vida”. Ni corta ni perezosa, se va a la susodicha comunidad y, tras un tratamiento adecuado (oraciones en cadena, charlas, bautismo y otras terapias espirituales), “comenzó a notar la presencia del Espíritu Santo en todo su cuerpo. Ahora, gracias a Jesús, está liberada y su vida transformada”. Ya ni siquiera entra en la cafetería vecina.

Otra confiesa que su vida era un infierno: una enfermedad en la tráquea, una úlcera sangrante, dolores de cabeza, miedo a la oscuridad, insomnio. De nuevo la radio y la comunidad: hizo la 'Cadena de los martes por la Salud' (y fue ungi- da con aceite bendecido) y la 'Cadena de los viernes por la Liberación'. "Hoy soy una persona renovada, rejuvenecida espiritualmente, segura de mí misma... Encontré a Jesús, llenó mi vida y todo lo imposible se materializó". Los médicos se quedaron pasmados ante la desaparición de los nódulos, la úlcera, etcétera.

Otro caso es el de una familia entera. La es- posa tiene un tumor en el útero, el marido es al- cohólico y un sobrino pequeño se ve atacado por la meningitis con tan mala suerte que, al ser in- gresado en un hospital, se infecta con unos virus malignos que lo dejan parálítico. La esposa rezó

durante seis meses antes de ser operada y al llegar la fecha no hubo necesidad de intervenirla: los doctores le dicen que el tumor ha desaparecido. El marido, agradecido a Dios, le promete dejar de beber y lo consigue. Al sobrino le untaban con aceite bendecido todas las noches, fue mejorando poco a poco..., y acabó corriendo con un triciclo por los pasillos del hospital.

El resto de la publicación insiste en la misma idea. Un obispo de la comunidad escribe que mucha gente, ante una situación difícil, deposita su fe y confianza en sus conocimientos, capacidades y estudios, pero hay cosas que no están a nuestro alcance, porque no podemos hacer que lo imposible se torne posible, eso sólo es cosa de Dios. Ahora bien, por lo visto, Dios exige, para usar su poder, que previamente la persona

tenga un corazón perfecto, que no es otra cosa que tener fe en él y hacer su voluntad.

“Pedir, esperar, confiar, vivir para Dios y nadie más, mostrarnos dependiente de Dios y no de otras cosas o recursos, como santos, familiares, amigos, religiones... Entonces vendrá y nos librará de todos los males, de las situaciones adversas y tentaciones”.

Y eso lo hace Dios porque se ha comprometido a ello según la Biblia: 2 Crónicas 16,9 (se trata de un rey de Judá que estando en apuros bélicos se buscó un aliado en lugar de confiar en Dios, y Dios lo castigó).

Al describir una sesión de “liberación espiritual”, se afirma: “Los espíritus malignos que están actuando en sus vidas, provocan las depresiones, dolores de cabeza, mala suerte, esquizo-

frenia, nerviosismo y el miedo que viene de Satanás”.

Y en otro lugar:

“Con certeza, las personas serán liberadas de cada uno de sus problemas y males mediante la actuación del Espíritu Santo. Siempre que alguien se sienta solo, abandonado, desilusionado de todo o encuentre que para sus problemas no hay solución, ese alguien podrá entrar en la Casa de Dios y encontrar personas dispuestas a ayudar, el nombre de Jesús será invocado y, entonces, el milagro sucederá”.

El planteamiento no puede ser más grosero: se ofrecen esperanzas basadas en auténticos milagros, y se proyecta la imagen de un Dios que discrimina a la hora de hacerlos.

Algunos católicos no se libran de este simplismo. Vean.

Junto a los innumerables folletos de publicidad que circulan por las ciudades, encontré uno, en cierta ocasión, que comenzaba diciendo: “¡La gran solución para tus problemas!”. El parado que lee este encabezamiento, imagino, se llena de súbita esperanza, y sigue leyendo: “Tal vez no se haya dado cuenta de una realidad, pero en ella encontrará la solución para sus problemas: ¡María!”.

El parado se queda más parado aún de estu-
por, pero continúa:

“Si considera que su vida está cercada de dramas y aflicciones, si gime y sufre ante las dificultades de este conturbado siglo, María Santísima le ofrece en este folleto una esperanza: la

oportunidad de comenzar una transformación maravillosa”.

Por si acaso, por eso de agarrarse a un clavo ardiendo, el parado continúa la lectura, y se encuentra con unas palabras de la Virgen de Fátima a la niña Lucía y, seguidamente, una conclusión:

“María Santísima te escogió. Tiene sobre usted un designio de predilección y le hace, a través de este folleto, una invitación para adquirir un libro nuevo y sin pretensiones: *'Fátima, aurora del Tercer milenio'*. “Ella quiere este libro inédito. ¿Por qué no atender a su llamamiento maternal? ¡No se olvide: la Virgen quiere que conozca este nuevo libro!”.

La idea del folleto parece el desahogo inocente de algún cura pío de pocas entendederas, pero tiene de su parte la connivencia de un emi-

nentísimo cardenal, nada menos, que prologa el libro.

(Es normal, por otra parte, entre los creyentes, cualquiera que sea su adscripción, dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, pero no reparan en que, al hacerlo, se están considerando criaturas especialmente elegidas, sin caer en la cuenta de que otras, muchos millones, echad un vistazo a lo que pasa en este mundo, no pueden hacerlo porque él parece haberse olvidado de que existen).

Esta es la conocida versión del Dios que está ahí para resolver nuestros problemas. Pensamos que nadie en su sano juicio le pediría a Dios que le toque la lotería, que le suban el sueldo, que apruebe las oposiciones, que le devuelva a su

pareja que se fue de casa. O lo que es peor: ponte de nuestra parte que vamos a la guerra.

Y sin embargo, lo hacen.

Como veis, se trata de una interpretación falsa de la Providencia, un concepto que está ligado al de Dios concebido como un padre humano. Jesús nos ha trasmitido esta idea, por supuesto, pero él tenía sus motivos personales para creerlo: si Dios iba a establecer su reinado en la tierra y los que sufren privaciones y amarguras quedarían satisfechos, no cabía duda alguna de que era padre amoroso y providente.

Pero fuera de ese contexto, la idea (Dios es amor, la frase neotestamentaria tan repetida) crea al creyente un problema insoluble: es imposible entender la existencia del sufrimiento humano a causa de la vejez, las enfermedades,

la viudez y la orfandad, las sequías, los temblores de tierra asesinos, las inundaciones...

(Aclaro: No he citado aquellos que provienen de nuestras actuaciones equivocadas o malintencionadas porque nosotros somos los culpables).

Un Dios padre, siguiendo un razonamiento coherente, no debería permitir tanto dolor causado por la naturaleza, su creación, pero lo permite. A esta situación se le ha llamado el silencio de Dios. El papa Benedicto XVI, durante una visita a un viejo campo de concentración nazi, exclamó: ¿Dónde estabas, Señor, mientras ocurría tanto sufrimiento? El papa había ido más lejos que yo introduciendo en el problema un elemento nuevo: Dios debería poner remedio, también, a nuestras maldades.

Bien, pero los aprietos en que nos pone la Naturaleza no son más que los daños colaterales derivados de su propia existencia. Ella tiene su vida privada: fenómenos atmosféricos, desplazamientos, sacudidas, vómitos... Los humanos vivimos sobre ella y pagamos las consecuencias. Pedir a Dios que os proteja de su creación o culpabilizarlo por no intervenir, son actitudes irracionales.

Por otra parte, los conflictos y maldades que nosotros cometemos son nuestro problema, Dios no interviene porque no tiene ninguna razón para intervenir, como tampoco lo hace respecto a las otras criaturas con las que compartimos el planeta. No existe ningún silencio divino, sólo una responsabilidad exclusivamente nuestra para resolver los problemas que plantea la convivencia.

(Inciso otra vez: Os recuerdo aquí la conocida historia de Job. Todo el libro está dedicado a la búsqueda de una solución honorable para la divinidad, pero sólo al final el mismo Yahvé se la comunica al anciano desgraciado. Sin embargo, no se trata de una explicación: Yahvé viene a decir, tras una larga exposición de sus poderes extraordinarios, que no tiene que rendir cuentas a nadie de lo que hace, y que, de todas formas, sus misterios no están a nuestro alcance. En cuanto a mí, creo que no hacían falta tantas y tales alforjas para llegar a lo que ya sabíamos).

Algunos, como os acabo de contar, alcanzan el disparate cuando se atreven a hablar de la divinidad.

¿Recordáis el exabrupto aquel de una lectora: “Si tiene usted tanta animadversión contra el

cristianismo, alguna secta satánica por ahí lo puede acoger”?

Os cuento a qué venía aquello.

Cierto señor había escrito, hablando contra la eutanasia que “la vida es un regalo de Dios, y en su infinita misericordia es Dios quien dispone el día, hora, el lugar y la forma en que hemos de dejarla”. Aquellas palabras eran de un creyente que se manifestaba como vocero de la divinidad. Me pareció absurda e injuriosa para Dios esa forma de hablar de él. Sin duda es posible concebir la vida como un regalo divino cuando no se ha nacido con una deformación o una enfermedad degenerativa, cuando no se ha llegado al mundo compartiendo órganos con un hermanito que está pegado a ti, o cuando puedes contarle porque no te fuiste al paraíso, o al limbo, a los

nueve días de nacer, como le ocurrió al primer hijo de una de mis hermanas, una muerte absurda, de la que fui testigo, en el caso de ser un regalo de Dios. Sólo cuando disfrutamos de una vida más o menos estable y saludable podemos hablar como ese hombre. Sin pensarlo nada, le contesté en términos bastante apasionados: “Si con esas palabras está pensando que alguien puede volverse a Dios y ponerse en sus manos, conmigo que no cuente. Ese dios suyo, con minúscula, porque la mayúscula no se la merece, es lo más absurdo que una mente puede imaginar. Afortunadamente no existe, se lo ha inventado usted, o mejor, quienes se lo presentaron”.

Acto seguido, aquella señora me lanzó la impertinencia que he llamado exabrupto, acusándome de animadversión contra el cristianismo. Tuve que replicarle aclarándole que no, que la

imagen que yo supongo de la divinidad, en el caso de que existiera, no podía ser tan inclemente.

Pero habréis advertido que posiblemente los dos andábamos equivocados, él tenía una idea de Dios, suya, y yo tenía otra diferente, opuesta. Lo mismo ocurre en la Biblia: unos autores ven a Dios como un ser humano que se irrita, ordena matar, se ofende y exige una reparación. Otros, en cambio, lo conciben como el esposo de Israel, que, abandonado y traicionado, sigue mirando con ternura a su elegido, o como un Padre solícito, como la gallina que resguarda bajo sus alas a sus polluelos, etcétera. Y aún hay quien lo describe como una mezcla de las dos anteriores: “Misericordia e ira están con él, tan grande como

su misericordia es su severidad”. Podéis leerlo en Eclesiástico 16,11-12.

Lo que quiero decir es que en la Biblia no deberíais buscar lo que la divinidad es realmente. No está ahí. Cuando Dios reveló su palabra en esos libros, como vosotros afirmáis, no pudo desvelar su verdadera y más profunda esencia, posiblemente porque el lenguaje humano no dispone de las palabras adecuadas, así que debéis resignaros a no conocerle más que de un modo superficial, antropomorfo. Mirad si esto es así, que la afirmación “La esencia de Dios es incomprendible para los hombres” es nada menos que un dogma de fe para los católicos. Si la verdad acerca de él estuviese en las Escrituras, ese dogma sería perfectamente inútil.

Si lo conocieseis de verdad, “lo que es incomprendible se volvería comprensible”, decía aquel

Simeón, creo que santo, en el siglo X. Precisamente han sido los místicos quienes más han insistido en la imposibilidad de conocer a la divinidad: “Sólo hay verdad en lo que conocemos acerca de Dios cuando nos damos cuenta de que no podemos saber de modo completo nada sobre él”. Lo escribió el papa San Gregorio Magno, reconocido como un maestro de la vida espiritual. Y otro maestro, Eckhart, afirmaba: “El conocimiento de Dios no puede ser ni una demostración a partir de las percepciones de los sentidos, puesto que es incorpóreo, ni a partir del entendimiento, puesto que carece de cualquiera de las formas que conocemos”, y en otra ocasión, de un modo más tajante: “¿Por qué parloteáis acerca de Dios? Todo lo que digáis de Él es falso”.

Dicen quienes de esto entienden, que ni siquiera podemos hablar de él como si fuese un “ser”, que estaría en la cúspide de la cadena de los seres, pero como uno más, por muy alto que lo pongamos. ¿Qué es entonces?

Karen Armstrong, a quien os presenté hace muchas páginas, me dio la solución. Bueno, no exactamente. Pero sí dice lo que no es: no es un ser personal como el que aparece en la Biblia hebrea, que habla, piensa, siente y se comporta como nosotros (o como un monarca que tiene poder sobre nosotros).

Cuando pensamos en Jesús lo vemos como un ser personal porque lo era, pero observad que el Maestro, cuando habla de la divinidad, no recurre a esos extremos de los textos judíos, y se limita a dar unas leves pinceladas: tiene vida en sí mismo, es espíritu (y quiere que se le ado-

re en espíritu y en verdad), es el Señor del cielo y de la tierra, sólo él es bueno, es perfecto, misericordioso y veraz, todo es posible para él, sólo él puede ser llamado Padre, ve en lo secreto de nuestros corazones, se le conoce a través del Hijo, (porque) nadie lo ha visto, excepto el Hijo.

Una imagen que pasa como de puntillas por lo antropomorfo para exponer de forma escueta lo único que un creyente puede decir acerca de la divinidad.

Así que, de acuerdo con la más exigente de las ortodoxias, Dios sería algo tan diferente de nosotros que ningún humano podría concebirlo. Alguien ha dicho que es el *totalmente Otro*, y un estudioso alemán de las religiones le ha llamado *misterio terrible y fascinante*, una frase que ha hecho fortuna y se repite casi siempre cuando se habla de lo divino.

A muchos de vosotros os cuesta admitir que la imagen de Dios que aparece en la Biblia hebrea no es real, es la imagen de Yahvé que tenían los autores del Libro, incapaces de expresarse de otra forma. No os escandalicéis; en esa misma Biblia se refuta ese antropomorfismo tan descarado. Por consiguiente, si partís de esta base (nunca sabréis qué es), cuando un creyente hable acerca de Dios debería hacerlo como quien anda sobre ascuas. Y ésta es la razón de que me irrite tanto el desparpajo de la mayoría de ellos.

Pero si no podemos conocerlo, ¿qué hacemos hablando de Dios? Entre vosotros, las cosas han ido bien: la contemplación de la naturaleza os lleva a suponer que existe, y la atribución a Dios

de lo mejor que tenemos los humanos, por medio de la analogía, dejando claro que esas características humanas él las posee en grado sumo, y el suponerle lo que no tenemos (eternidad, infinitud, impasibilidad) resuelven el problema. Pero más allá de todo esto, que en el fondo no son más que especulaciones teológicas, lo más importante es la fe. Ya lo decía Pablo de Tarso: “La fe es el anticipo de lo que esperamos, la prueba de las realidades que no se ven”.

Pero, ¡cuidado!, diría yo si fuese vuestro pastor, que la fe sólo proporciona una verdad íntima, privada, no es como las verdades objetivas, que están ahí fuera, pero al alcance de nuestra mano. Dios no está al alcance de vuestra mano, siempre debe seguir siendo para vosotros un misterio terrible y fascinante. Sed humildes cuando habléis de él, no levantéis su nombre

como un arma devastadora. ('Arma devastadora' se refiere tanto a las palabras como a las bombas de los fanáticos).

Pero yo no soy vuestro pastor. Ni de nadie.

Después de acabar estos últimos párrafos, he vuelto a leer a Erich Fromm, ya sabéis, el psicoanalista, autor de *El dogma de Cristo*. Una vez más, alguien que no es cristiano aporta alguna idea interesante para la comprensión del cristianismo y puesto que andábamos hablando acerca de la divinidad os lo voy a contar en cuatro palabras. Hay en Erich Fromm una frase que me resulta interesante para añadir a lo que andamos diciendo: "Los fieles se identificaron con este Hijo; se podían identificar con él porque era un ser humano sufriente igual que ellos".

Os he estado exponiendo el problema de que la divinidad no puede ser conocida tal como es, y esta circunstancia coloca a los creyentes en una situación difícil que intentan resolver sin llegar a conseguirlo. Otras religiones acertaron a paliar ese extrañamiento divino recurriendo a las “encarnaciones”. De este modo, los dioses lejanos devenían cercanos al hacerse como nosotros. Los fieles se identificaban mejor con alguien que, sin dejar de ser divino, compartían nuestra naturaleza humana, y los actos piadosos resultaban más gratificantes: ya no se dirigían a un ser misterioso, sino a un igual. En el caso del cristianismo, y puesto que Jesús no es un simple avatar de la divinidad al estilo hindú, sino un personaje histórico, la identificación es mucho mayor y la consecuencia es que resulta posible dirigiros a él

de una forma mucho más satisfactoria. Dios encarnado es más comprensible que Dios a secas.

En cierta ocasión, estaba tan cansado de que algunos creyentes hablaran de Dios con el desparpajo del sabelotodo, que me atreví a escribir un texto que titulé "*Éste es mi Dios*" y que publicó un diario local. Estaba expresando lo que yo rechazaba de la divinidad, de las divinidades, y, al mismo tiempo, la necesidad de apoyarnos más en nuestros semejantes para resolver problemas.

"Tener un Dios particular, hecho a la medida de uno mismo, comporta una serie de ventajas indiscutibles, razón por la que hace tiempo me decidí a fabricarlo en mi mente, donde reside des-

de entonces y se encuentra tan a gusto como en cualquier Olimpo.

Lo que más me gusta de mi Dios es el profundo respeto que siente hacia mi persona. Nunca me ha revelado nada, ni me ha comunicado sus planes (si es que los tiene), ni para mí ni para el resto de los mortales. No se entromete en mi vida, no me coacciona ni me chantajea, ni me amenaza ni me castiga. Se abstiene delicadamente de acogotarme con un amor desorbitado y de exigirme que le ame. Jamás ha deseado ser mi rey, mi señor, mi salvador o mi dueño, ni ha pretendido nunca corroerme el alma con las convulsiones de la culpabilidad ni con los espasmos alucinantes de la mística.

Como resultado de tan exquisito tacto por parte de mi Dios, estoy liberado de mandamientos, preceptos, reglamentos y leyes. Él sabe que mis

hermanos y hermanas se encargan de todo eso, y sobradamente. Y como no tiene necesidad de que yo le hable, ni que le adore, ni que le demuestre mi nimiedad (él ya la conoce), pues resulta que no necesito libro de oraciones, ni incienso, ni reclinatorio (estoy convencido de que se sentiría muy incómodo si me viera de rodillas delante de él), ni canturreos litúrgicos, ni iglesias, mezquitas, santuarios, sinagogas, pagodas, tabernáculos o procesiones.

Tampoco me veo en la necesidad de escribir un libro con sus revelaciones, con lo cual la posteridad no se verá enredada tratando de descifrar, sin conseguirlo, si donde dije “digo” dije “Diego”, o cualquier otra cosa. No tengo, pues, ningún libro sagrado acerca de mi Dios, ni ninguna razón para hacer proselitismo. Mi Dios es sólo mío y del todo imposible de compartir, porque, ade-

más, he aprendido de él a ser respetuoso con la libertad ajena, y como cada uno tiene la posibilidad de inventarse su propio Dios, yo no soy quién para tratar de endilgar a nadie un Dios que a lo peor no le conviene.

Por supuesto que no puedo acudir a él (ni él lo quiere ni yo lo necesito) en esas múltiples ocasiones en que uno está amargado, melancólico o deprimido por alguna de las diversas tribulaciones con las que está sazonada, con tan mal gusto, nuestra vida cotidiana. En tales ocasiones voy y me siento entre mis hermanos y hermanas, lloramos juntos y acabamos contentos de habernos consolado. Un Dios como el mío, que no me dice lo que debo creer, lo que debo pensar, lo que debo sentir, lo que debo hacer, lo que debo amar, le deja a uno un margen amplísimo de actuación. Liberado de cadenas descaradas o suti-

les, puedo poner en marcha todo el potencial de mi propio ser, toda la riqueza de mi imaginación y de mis sentimientos, para vivir mi vida. Mis hermanos y hermanas me ayudan en tan maravillosa empresa y eso, estoy convencido, es lo que mi Dios quiere.

Y con eso le basta".

Como habréis adivinado, mis hermanas y hermanos son mi familia, mis amigos de siempre y los de mi sindicato ácrata, mis libros y todos aquellos desconocidos que, conscientemente o sin saberlo, hacen lo que pueden para que el Reino, ese lugar utópico pero fascinante en versión laica, se vaya haciendo realidad, poco a poco, en este mundo absurdo.

(Este es mi Dios levantó airadas protestas en la sección de Cartas al Director. Aquellos creyentes

entendieron el texto al pie de la letra, como si efectivamente yo me hubiese inventado un dios personal. Espero que vosotros seáis más despabilados).

DESPEDIDA

“Salgo de casa de Madusu Konneh, en la zona F del campo de refugiados de Lainé. La casa, hecha con ladrillos de adobe y cubierta de plásticos, tenía dos habitaciones cuando se levantó hace tres años, pero la semana pasada se vino abajo la pared oriental y ahora ella, sus dos hijas y su tía viven, comen y duermen en una sola. La hija mayor padece una extraña malformación en las manos y no sonrío nunca: esto es excepcional, aquí los niños sonrío hasta corregir la reali-

dad. Le he dicho a Madusu que trataría de conseguir que vinieran a arreglar la pared, pero no será fácil porque apenas hay fondos para eso ni para nada... Mientras del otro lado de la frontera el país brega por ponerse en pié, aquí permanecen los que no hallan la ilusión, o el valor o las fuerzas para recomenzar de cero: miles de mujeres y hombres y miles de inválidos, ancianos o madres solas con críos, como Madusu, que no saben de qué manera, si regresan, van a construir una casa, cultivar la tierra, pagar la escuela de sus hijos...Las guerras que terminan en la paz no terminan, aparecen en otro continente, con otros bandos, pero son la misma guerra. La guerra sólo se detiene ante la justicia".

(Gonzalo Sánchez-Terán, desde África centro-occidental)

“Cada año mueren en el mundo 21 millones de personas a causa del hambre, 842 millones de niños sufren desnutrición severa, mientras que unos 140 millones viven en las calles y 1.200 millones de personas sobreviven con menos de un euro al día. Cifras humanas que da miedo sumar, a las que los gobiernos no les echan cuentas. Posiblemente porque los pobres no presiona en los parlamentos ni en la plaza del Vaticano ni en las puertas de las sedes de los partidos políticos. Así que, como los pobres no hacen ruido y basta con mirar a otra parte para negar su existencia, mil organizaciones solidarias se echan a las calle para exigirle a los gobiernos del primer mundo que cumplan su promesa de reducir la pobreza a la mitad, tal y como prometieron en las Naciones Unidas en el año 2000... Sin embargo, la manifestación no produ-

cirá duelos de columnas periodísticas a favor o en contra, como tampoco logrará que los gobiernos del primer mundo dediquen tiempo a estudiar el modo de frenar el avance de la pobreza, con sus corrientes migratorias y el crecimiento de la pobreza encubierta en las ciudades de la sociedad del bienestar, o si, en lugar de destinar un ridículo 0.7 para paliar este grave y vergonzoso fenómeno, deberían recortar el presupuesto en armamento y en los numerosos fastos de esas celebraciones que no conducen a nada. Por esta razón, las organizaciones convocantes podrían haber recurrido a la estrategia de fletar autobuses repletos de mujeres, ancianos, jóvenes y niños de silenciosa mirada hambrienta para que el rostro de la pobreza estuviese de familiar cuerpo presente, en lugar de ser un dato estadístico que la sociedad del bienestar mantiene

escondido en un ángulo muerto de su conciencia cotidiana. Esa sociedad del bienestar que genera cada día millones de toneladas de basura, entre las que hay medicinas, alimentos y ropas desechadas por estar caducadas o pasadas de moda, sin que caer en la cuenta que con lo que consumimos en objetos inútiles y desechamos se podría paliar el hambre. Ese dolor, miseria y necesidad extrema que algún día terminará sublevando a sus muertos vivientes y los hará acercarse hasta nuestras puertas, mientras disfrutamos del fútbol, del móvil, de la videoconsola, de la comida-basura y de una comfortable vida con la tripa llena y la conciencia vacía".

(Guillermo Busutil, periodista).

Tengo en casa docenas de fotografías preparadas para estamparlas en una pared bien gran-

de; todas ellas han sido tomadas en lugares del mundo donde el sufrimiento provocado por las guerras y la pobreza está, de un modo real, en primer plano. Hay un hombre gritando al cielo mientras sostiene en sus brazos a un chiquillo muerto en un bombardeo. Hay un campamento de refugiados. Hay una interminable fila de criaturas que huyen por los montes. Hay niños y mujeres con latas y vasijas recogiendo agua de un charco embarrado. Hay cuatro soldados disparando a la espalda de un joven desnudo, al que han desnudado y ordenado correr. Hay niños delgados como cañas, los ojos enormes, el vientre hinchado. Hay un dictador asesino recibiendo la comunión de un obispo. Hay un obispo muerto en un charco de sangre porque se atrevió a defender a los pobres. Hay un hospital misérrimo que no tiene antibióticos. Hay cuerpos embota-

dos que arrastra la corriente de un río desbordado. Hay un pueblecito enterrado, con sus habitantes, en el barro de una avalancha. Hay un tsunami, y un huracán, y una inundación, y un terremoto, y un tornado, y una sequía que nunca acaba, y qué sé yo cuántas cosas más. Las quiero tener a la vista, pasar delante de ellas cada día y contemplarlas durante unos segundos. Para recordarlos a todos aunque no sé sus nombres ni he vivido con ellos. Para que no se me olvide que el dolor del mundo es insoportable.

Ante tanta desolación, me sorprende que os rasguéis las vestiduras a causa de problemas que acabaréis aceptando, como tantas veces. No deberíais obsesionaros en colocar vuestros dogmas y vuestra moral en un lugar privilegiado

e intocable, o en insistir en que vuestra religión es la única verdadera, o en proclamar certezas absolutas. No limitéis vuestras inquietudes a la salvación de las almas en el más allá, o en elevar a los altares a beatos y santos. Los obispos han colocado el horizonte del mundo en los límites de sus diócesis, los curas andan atareados con sus misas, sus bautismos, sus casamientos, sus confesiones, los grupitos de seglares adeptos, los libros de registro, la limpieza del templo. Tienen sus necesidades diarias cubiertas y el futuro asegurado. La preocupación que los mantiene sobresaltados es que los parroquianos, todos los parroquianos, no llenen el templo los domingos y fiestas de guardar, que usen el preservativo y el DIU o que los científicos de más allá le den vueltas a las células madre

¿De verdad creéis que a Dios le importa todo eso?

“¿No será más bien esto otro lo que él quiere: dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir con el hambriento vuestro pan y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veáis a un desnudo le cubráis y de vuestro semejante no os apartéis? Ni vuestros holocaustos le son gratos, ni vuestros sacrificios le complacen. No sigáis llevándole oblación vana: el humo del incienso le resulta detestable. No tolera ayuno ni asamblea festiva. Aborrece vuestros novilunios y solemnidades, le ha resultado un gravamen que le cuesta llevar. Cuando extendéis vuestras manos en la oración se tapa los ojos para no veros. Aunque menudeéis la plegaria, no os oye. Vuestras manos están llenas de iniquidad. Dad sus derechos al oprimido, haced

justicia al huérfano, abogad por la viuda. Se os ha aclarado lo que es bueno: tan sólo practicar la equidad, amar la piedad, caminar humildemente ante Dios”.

Este párrafo no es mío, como habréis adivinado, sino una combinación de Isaías, Jeremías y Miqueas. Si estáis empeñados en que se trata de mensajes divinos, ¿por qué sois tan remisos a la hora de ponerlos en práctica?

Ya sé que religiosas y religiosos, y numerosas ONGs creadas por grupos cristianos, han colocado en primer término la labor social, impulsados por una compasión que les lleva por esos mundos, cercanos y lejanos, haciendo lo que pueden, incluso poniendo en peligro sus propias vidas. Pero no es suficiente. Llevan décadas tra-

bajando por implantar el Reino sin conseguir cambios significativos.

¿Recordáis aquello que dije al principio respecto a las causas segundas? Sabemos que Dios no actúa directamente sino que os ha colocado aquí para que seáis sus manos, su providencia. La única posibilidad que él tiene de manifestarse es a través de vosotros. Es inútil, y ridículo, pedirle que acabe con las guerras, o que ayude a quienes sufren la vejez, la enfermedad, la frustración o la pobreza. Dejadlo en paz. Lo hará, desde luego, pero sólo a través de vuestra solidaridad. Y como los deseos de Dios no sólo están en un libro sagrado sino en los sentimientos de las mujeres y los varones de bien, hemos topado con el quid de la cuestión: creyentes e incrédulos pueden trabajar juntos. Hay demasiadas fuerzas dispersas. Las ideas religiosas nos

separan y nos enfrentan. Las religiones han construido los muros de esa vergüenza en lugar de ofrecer la misma tierra para todos. Cuando nos empeñamos en ser 'diferentes', todos los caminos están cerrados. La única forma de entendernos consiste en situarnos en un nivel más alto: una ética que todos podemos compartir porque es universal. Sólo entonces será posible aunar esfuerzos, los unos siguiendo sus creencias, los otros empujados por sus ideales humanitarios. Los creyentes sois millones, los incrédulos solidarios, también. Hay que presionar sin descanso a los políticos de países desarrollados y en proceso de desarrollo para que se involucren hasta el fondo. Hay que levantar un clamor universal ante las injusticias de nuestras sociedades. Ahí, ahí es donde tiene que arremangarse un cristiano para merecer ese título. Ni creer

con firmeza, ni oír muchas misas, ni comulgar a diario, ni obedecer a los superiores, ni defender vuestras opiniones a gritos, nada de eso os servirá, son añadidos para manteros en la fe, pero una fe que no tiene otro objeto, otra razón de ser que servir de agentes de la providencia.

He llegado al final.

Si esta lectura sirve a uno solo de vosotros para entender mejor su cristianismo (o lo que yo creo que es entender mejor el cristianismo), me sentiré profundamente satisfecho.

APÉNDICE PROMETIDO

CONOCIENDO a la SANTA MADRE IGLESIA

Empecemos por el final.

Desde hace varios siglos, vivimos el cristianismo como una religión que tiene unas creencias bien definidas, unos libros sagrados muy concretos, una liturgia propia y una jerarquía de autoridades con nombres y apellidos. Con la excepción de los especialistas y de los clérigos a los que les da por ahí, los cristianos de hoy creen que esta situación actual nació, toda ella en bloque, de las propias manos de Jesús o tras su desaparición; que lo que hoy, en el siglo XXI, vivimos es lo que vivían los primeros creyentes.

Ahora sabemos que las cosas no fueron así, que durante mucho tiempo no se tuvo conciencia de que se estaba creando una nueva religión, ni las creencias estaban claramente definidas, ni se disponía de unos libros santos, ni las autoridades eclesiásticas estaban diseñadas como lo están ahora. A los cristianos que no se ocupan de aquella historia apasionante hay que decirles que su conocimiento proporciona una visión más amplia de su religión y, sobre todo, obliga a verla con honestidad, con una humildad cargada de comprensión y tolerancia hacia todas las religiones y hacia los que no comparten ninguna clase de creencia religiosa.

El cristianismo no es una religión que haya caído del Cielo directamente, como bien sabéis; ninguna lo es (a pesar de que los musulmanes sí lo creen en cuanto al Corán). Para empezar, se

nos ha olvidado que Jesús no era cristiano, ni siquiera sacerdote, sólo fue un hebreo que transmitía un mensaje a los hebreos. Sus primeros seguidores, también. Recordad a Santiago, cabeza de la Iglesia de Jerusalén, que seguía asistiendo al Templo con asiduidad, como todos, incluso Pablo se vio en la necesidad de hacerlo para deshacer malentendidos. Las primeras comunidades eran judíos conversos, sin lugar a dudas. ¡Qué orígenes tan humildes! Un grupo de hebreos que intenta convencer a sus vecinos de que otro hebreo, Yehoshua, era un Mesías, un enviado divino, según estaba escrito en las Escrituras hebreas. Nada de particular, otros se habían presentado con idéntica intención, sanaron enfermos y realizaron milagros.

El cambio que se produjo no estaba previsto, pero se explica perfectamente por la concurren-

cia de ciertas circunstancias: el rechazo judío generalizado, que les obligó a volverse a los gentiles, comenzando por los que asistían a las sinagogas atraídos por la religión hebrea; la aparición de un judío experto en las Escrituras, que se atrevió a decir que la Ley había caducado; el hecho de que los misioneros se movieran en un inmenso territorio con una organización política centralizada, el Imperio romano, y una lengua común que les permitía entenderse con casi todo el mundo, y donde los judíos ya tenían numerosas sinagogas (lugar idóneo para otros judíos que venían de Palestina) y estaban protegidos por un estatuto especial romano.

Por supuesto: todo cristiano tiene derecho, impulsado por su fe, a pensar que el Espíritu lo disponía todo para que triunfaran los seguidores de Jesús. De hecho, así lo creían en Jerusalén:

El ángel del Señor le dijo a Felipe: Ponte en marcha a mediodía por el camino desierto que baja a Gaza... Impedidos por el Espíritu Santo de predicar en Asia, intentaron entrar en Bitinia, pero no se lo permitió el Espíritu de Jesús... Se presentó el ángel del Señor en la cárcel y despertó a Pedro: Levántate en seguida. Y se le cayeron las cadenas de las manos, etcétera.

Sin embargo, no conviene olvidar un detalle: el kerigma de Jesús, lo que él anunciaba, su evangelio, su buena-nueva era la pronta llegada del Reino-reinado de Dios, pero, no sabemos por qué, desde el primer momento sus seguidores se centraron en Jesús mismo y el Reino pasó a un segundo plano. Yo mismo he podido comprobarlo: en los sinópticos aparecen unas 100 referencias a ese Reino; en Juan, sólo dos. Lucas, que en su evangelio lo había mencionado en 32

ocasiones, sólo habla de él seis veces en Hechos. Pablo sólo hace nueve alusiones en sus epístolas, y en las siete cartas de los apóstoles, la expresión ha desaparecido prácticamente. Fue una verdadera revolución ideológica que tuvo consecuencias muy importantes en la evolución del cristianismo. Imaginaos que los apóstoles se hubiesen dedicado exclusivamente a predicar el Reino, como hizo Jesús: éste no hubiese pasado de ser un rabí hebreo, incluso un Mesías, pero jamás hubiese surgido la idea del 'salvador' ni de su origen divino. Es decir, el cristianismo no existiría.

Pero sigamos.

En aquellos primeros tiempos resultaba imposible mantener una doctrina cerrada común a todos. Lo impedían las grandes distancias que

separaban a algunas comunidades (a pesar de la infatigable labor de los misioneros por mantener el hilo que les unía a la tradición apostólica, la única que había guardado, oralmente, las palabras del Maestro), pero también la ausencia de una jerarquía centralizada que dictara, como ocurre hoy día, qué había que creer. Numerosos grupos elaboraron cristologías diferentes. Recordad a los ebionitas, para quienes Jesús era simplemente un hombre como nosotros, aunque un profeta como Moisés; los docetas, que afirmaban que su cuerpo era algo así como un fantasma; los marcionitas, según los cuales su Padre no era el Yahvé de la Biblia hebrea, demiurgo creador del mundo, sino el Dios Verdadero, el de Jesús; el autor del Pastor de Hermas presenta al Verbo como un arcángel; los gnósticos pensaban que Jesús era una “emanación” del Abso-

luto, que tomó la apariencia de un ser humano para enseñarnos el camino de vuelta a Dios, perdido a causa de otras emanaciones, como la Sabiduría o el demiurgo.

Y luego llegó Arrio.

Sólo se consiguió un principio de acuerdo en el primer Concilio ecuménico, convocado por el emperador Constantino y celebrado en Nicea nada menos que en el año 325, trescientos años después de la desaparición del Maestro, y donde se redactó el primer credo cristiano contra el arrianismo. A pesar de ello, los obispos, presbíteros y seglares que pensaban como Arrio (Jesús no es de la misma naturaleza que el Padre) se extendieron por todas partes. Hubo que esperar hasta el año 381 para que se zanjara la cuestión definitivamente de manera oficial. De hecho,

la diversidad de opiniones acerca de Jesús, del cristianismo y de la Iglesia no ha cesado nunca, hasta el punto de provocar escisiones, cismas y sectarismos que aún no han concluido.

La primitiva iglesia cristiana no sólo tenía el arduo trabajo de aclarar la verdadera personalidad de Jesús (había que responder a la pregunta de los oyentes: ¿quién es ese Jesús del que habláis?), sino que, para hacerlo, no disponía de ningún libro sagrado propio. El caso es que, excepción hecha de un breve paréntesis de predicación oral (se anunciaba la muerte de Jesús, su resurrección como obra de Dios y la exaltación a su diestra: el kerigma de los apóstoles), muchos conversos comenzaron en seguida a poner por escrito algunos dichos y hechos del Maestro, y Pablo a escribir sus cartas. Luego aparecieron

numerosos evangelios, el libro de los Hechos, epístolas de algunos obispos, el Pastor de Hermas, cartas atribuidas a Juan, a Pedro, a Santiago, a Judas...

Pero hay que esperar hasta finales del siglo II para que las cosas parecieran más claras. De toda aquella literatura, ¿qué textos transmitían la tradición que venía de los apóstoles primeros? Como había tantas comunidades y tan repartidas desde Siria hasta Roma pasando por el norte de África, no era posible que todas llegaran a las mismas conclusiones al mismo tiempo, pero, por estas fechas, se habían conseguido un cierto consenso parecido a los libros que hoy están incluidos en lo que llamamos Nuevo Testamento. Pero si he dicho que las cosas estaban ya algo más claras es porque aún quedaban dudas.

Por ejemplo: en Roma (según la lista, de autor desconocido, que fue descubierta en 1740), no aparecen ni Hebreos, ni Santiago, ni las dos de Pedro, ni 3Juan, ni el Pastor de Hermas, pero sí incluye el Apocalipsis de Pedro y la Sabiduría de Salomón, que luego desaparecen del canon.

En las Galias, según san Irineo, sí aparece el Pastor de Hermas como canónico, pero no hay noticia de 2Pedro, ni de la primera y tercera de Juan.

En el norte de África, ateniéndonos a lo que dice Tertuliano, falta también 2Pedro, 2Juan, Santiago y nada menos que el Apocalipsis.

Si pasamos a las iglesias de Oriente, y según el testimonio de Clemente de Alejandría, falta la carta a Filemón, la de Santiago, 2Pedro y segunda y tercera de Juan. Por el contrario, cita como “sagrados” al obispo Clemente de Roma,

la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas y el Apocalipsis de Pedro.

La Biblia católica de Ediciones Paulinas dice que tanto la carta a los Hebreos, como las de Santiago, Judas, 2Pedro, segunda y tercera de Juan y el Apocalipsis, son llamados deutocanónicos “por haberse dudado en algún tiempo de su inspiración”. Algún tiempo se refiere al transcurrido entre el siglo II y el XVI, cuando el Concilio de Trento aceptó oficial y definitivamente como canónicos esos textos que faltaban. Pero no podemos olvidar que hubo cuatro libros en el canon que luego fueron retirados. Por supuesto que el concepto de canon tampoco estaba muy claro desde el principio. A falta de indicaciones precisas por parte del Espíritu Santo, las decisiones tenían que tomarlas, necesariamente, los

humanos creyentes. Esto explica el hecho de que, en aquellos tiempos, un escrito no se leía porque era “sagrado”, sino que acabó “sagrado” porque se leía.

Otro tanto puede decirse de la primacía indiscutible del obispo de Roma, convertido en papa. No fue Pedro quien dirigió la primera comunidad, la de Jerusalén, sino un hermano de Jesús, Santiago el Menor, Jacobo. En el libro de Hechos, las decisiones importantes las toman los apóstoles, la Iglesia de Jerusalén, la comunidad primitiva. Tampoco fue Pedro quien disponía de la total autoridad en las comunidades de Oriente, Grecia incluida. Al Concilio de Nicea, bien entrado el siglo IV, sólo acudieron dos presbíteros de Roma y cinco obispos. “Si nos fiamos de las listas de firmas, reconstituidas después, unos 200 obis-

pos acudieron a Nicea. Si creemos otros documentos, el número de asistentes fue netamente superior. Los orientales constituían mayoría aplastante”, escribe René Metz, profesor católico en la Universidad de Estrasburgo, en su breve *Historia de los Concilios*. Pocos ayudantes, o poca influencia debía tener el papa Silvestre, o poco interés en el tema del arrianismo. Una antigua tradición había impuesto la costumbre de que en Roma el Papa fuera elegido por el clero, los nobles y la plebe, lo que muestra que su autoridad estaba sólo limitada a su diócesis. En realidad, la importancia del obispo de Roma creció sólo paulatinamente y no en todas partes por igual. Pero el respeto que merecía la capital como sede de los mártires Pedro y Pablo, su vecindad con la administración imperial y su fama y prestigio como centro del mundo conocido ayu-

daron a consolidar al obispo como cabeza de toda la Iglesia.

En fin, ya veis lo extenso que ha resultado este boceto histórico, pero lo cierto es que me he dejado en el tintero casi todo. Y tened en cuenta que yo mismo no he hecho más que asomarme a ese mundo lleno de complejidades de los tres primeros siglos, pero creo sinceramente que ha valido la pena. ¡Cuántas cosas asombrosas y desconcertantes sucedieron! Misioneros desconocidos lanzados a predicar a Jesús sin que nadie los enviase, el trabajoso intento de la Iglesia de Jerusalén por mantenerse dentro de judaísmo, las tensiones entre estos y los hebreos helenistas que voceaban la libertad de los nuevos conversos respecto a la Ley, Pedro y Pablo entre la espada y la pared, arrancando doloro-

samente de sus entrañas sus propios orígenes para que Jesús fuera admitido en un mundo nuevo, extraño y enemigo; la proliferación de profetas, carismáticos, inspirados, que en las reuniones litúrgicas hablaban impulsados por el Espíritu y sus palabras eran admitidas como tales, los intentos de tantos nuevos creyentes por descubrir y definir la verdadera naturaleza de aquel insólito y entrañable Maestro, los esfuerzos por mantener a todos, tan dispersos, en una misma línea; los viajes, las comunicaciones, la incipiente liturgia que no había sido diseñada previamente, la incompreensión de los paganos, las persecuciones de los emperadores... ¡cuánta vida, cuántos afanes, errores y fracasos, ensayos y victorias!

Y entonces llegó Constantino.

Se ha escrito mucho acerca de lo que ocurrió antes de la batalla de Puente Milvio, de si el nuevo emperador romano abrazó o no el cristianismo, de su interés por la nueva religión, ¿era sólo en cuanto factor de cohesión política y social?, de su influencia en las decisiones eclesíásticas, etc. Personalmente, Constantino no me gusta. Me basta saber que engañó a Lactancia y al obispo Eusebio, su biógrafo, con aquello de que el mismo Jesús le había dicho que sí, que luchara contra Majencio, su rival imperial, que él le ayudaría. Como no entiendo que Jesús de Nazaret estuviera interesado en la política del Imperio, y había insistido varias veces en la no-violencia, aunque nunca hablase de la guerra, le tengo por un hombre de paz, así que, pienso, no se le hubiese ocurrido incitar a una batalla en su nombre. Y menos después de muerto.

Lo más relevante, y decisivo para el futuro del cristianismo, fue su idea de oficializar la libertad de cultos, tanto para paganos como para cristianos. A pesar de ello, se decantó claramente por estos últimos. A partir de entonces, la Iglesia sufrió un cambio drástico, una verdadera revolución interna. El primer atisbo, aunque anecdótico, lo tenemos en Eusebio, el obispo que escribió *Oración en alabanza de Constantino*. En Nicea, en el palacio imperial donde se celebró el Concilio (convocado por Constantino, no por el obispo de Roma, como se hace ahora), Eusebio, al ver al emperador atravesando, todo él enjoiado, el lujoso salón repleto de clérigos, escribió: “Parecía un ángel del Señor”. Y acabado el Concilio, cuando todos los asistentes se reunieron con el emperador en un gran banquete de des-

pedida, le pareció todo aquello “una semejanza del Reino de los Cielos”.

(Inciso: La Iglesia siempre ha tenido momentos de lucidez, o personas lúcidas a su servicio, y esa debe ser la explicación de que al obispo Eusebio no se le haya elevado a la categoría de santo).

La metamorfosis sufrida por la Iglesia no fue instantánea, por supuesto. La cristiandad no podía evadirse de los hechos constatables: después de casi tres siglos luchando por abrirse paso en la sociedad romana sin más ayuda que su coraje y el valor de sus mártires, se encontraba, casi de un día para otro, amparada nada menos que por la más alta autoridad del Imperio, el hombre que gobernaba prácticamente en todo el mundo conocido entonces, el que construyó un

espléndido templo sobre las tumbas de Pedro y Pablo en Roma, las iglesias de Santa Sofía, Santa Irene y los Santos Apóstoles en Constantinopla, las basílicas del Santo Sepulcro y la Ascensión en Jerusalén, la de Belén y tantos otros templos.

La Iglesia se convirtió en una sociedad legal con personalidad civil y el derecho a poseer bienes y a heredarlos. Los obispos alcanzan el rango de funcionarios públicos, se benefician del correo oficial, no están sometidos a la jurisdicción común y recuperan sus facultades judiciales. Animados por el ejemplo de Constantino, Atanasio y el papa Julio consiguen que Constante acepte defender con todas sus fuerzas la ortodoxia, y de esta forma se va adhiriendo a ese poder civil con lazos cada vez más profundos.

El emperador Teodosio finaliza el proceso de oficialización del cristianismo como única religión y se dispone a poner fin a al paganismo. Los que no comparten la fe del emperador son reos de un delito de lesa majestad. Paganos y no ortodoxos son expulsados de los cargos públicos, pierden su derecho a testar y a recibir herencias. La Iglesia comienza ya a imponerse a la corona: el obispo de Milán, san Ambrosio, protesta ante el emperador: “Todos tienen que servir al emperador, pero él tiene que humillarse ante Dios” (representado por él), y consigue que pida perdón públicamente, vestido del sayal de penitente y en actitud suplicante, por la matanza que había provocado en Tesalónica contra unos amotinados.

El desmoronamiento del Imperio fue una prueba para la Iglesia de Occidente. Durante siglos, el poder político de los sucesivos reinos que se fueron formando y el poder religioso se enfrentaron y se aliaron una y otra vez. Aquellos reinos y reyes eran cristianos, lo que hacía más complejas las relaciones. A ambos poderes les interesaba apoyarse el uno en el otro: a los reyes, para respaldar su corona ante los nobles y el pueblo; a los obispos de Roma, para que defendieran la ortodoxia y, de paso, sus amplios bienes materiales. Pero los obispos trataban de inmiscuirse en los asuntos políticos y los reyes lo hacían en los asuntos eclesiásticos. Los papas coronaban a los reyes, los reyes ponían y quitaban a los papas. Fueron siglos de enorme confusión. Aparecen numerosas herejías. El clero, tanto los obispos como los sacerdotes llegaron

(sin ánimo de generalizar) a una situación de inmoralidad y libertinaje jamás conocida: se casaban, se amancebaban o ambas cosas a la vez, de lo que no se libraron tampoco algunos papas. El titulado *Libro de Gomorra*, en 1049, describe, dice un autor, un cuadro quizá exagerado pero impresionante, de los vicios del clero italiano. Los cargos eclesiásticos se compraban y vendían, o accedían a ellos, sin ninguna preparación, familiares o amigos de los monarcas. Las tensiones con las Iglesias de Oriente se agudizan hasta acabar en la ruptura total.

Hay que añadir que la Iglesia, ya desde el principio, también se sirvió de su poder para lograr que se introdujeran cambios legislativos (la atenuación del régimen carcelario) o algunas reformas que favorecían a los esclavos (retirar a

sus dueños la facultad de matarlos). Nunca se olvidó la tradición de ocuparse de los más necesitados según el espíritu de Jesús (aunque tampoco se llegó al extremo de uno de sus consejos más claros: “Si quieres seguirme, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres”). El libro de los Hechos nos muestra lo que debió ser la primera comunidad de seguidores: nadie llamaba propia a cosa alguna de cuantas poseían, sino que todo lo tenían en común, y entre ellos no había indigentes. Mircea Eliade escribe en su *Historia de las creencias y las ideas religiosas*:

“La solidaridad de los cristianos no tenía rival: la comunidad asumía el cuidado de las viudas, los huérfanos, los ancianos y rescataba a los prisioneros de los piratas. Durante las epidemias y los asedios, los cristianos eran los únicos que curaban a los heridos y enterraban a los muer-

tos. Para los desarraigados del Imperio, la Iglesia era la única esperanza de hallar una identidad y de recuperar el sentido de la existencia”.

Estas palabras se están refiriendo a un tiempo concreto, pero la tradición solidaria, que más tarde se confundió con una caridad que tranquilizaba las conciencias, no se perdió nunca, y es el tema del que quisiera hablaros al final de esta carta.

El siglo VIII fue testigo de un hecho singular: nacía el futuro Estado pontificio en Italia. El papa Esteban II consagraba a Pipino y a sus hijos como reyes, y Pipino, en contrapartida, fuerza a los lombardos para que le entreguen a Esteban un conjunto de territorios en la Italia central. Era el año 756. Las ideas de Atanasio y Julio II, en tiempos del emperador Constante, vuelven a

manifestarse: el poder político tiene el deber de actuar contra los herejes. He aquí el germen de la teoría del 'brazo secular'. El papa Gregorio Magno, quinientos años más tarde, confirma la supremacía apostólica y casi política de Roma en todo el Occidente, y se le considera el verdadero fundador del Estado pontificio. Pero las cosas no eran nada fáciles. Trescientos años más tarde, el arzobispo de Reims todavía insiste en la autonomía de la Iglesia respecto al estado germánico. Y aún deben pasar unos doscientos años más para que el papa León IX condene la simonía y Nicolás II reserve a los cardenales la elección del papa. Esta reforma continúa con Gregorio VII, que no se limitó a defender la soberanía de la Iglesia respecto al poder temporal, sino que pretendía instaurar una teocracia ponti-

ficia. He aquí algunas de las 27 proposiciones de su *Dictatus Papae*:

-Únicamente el Señor ha fundado la Iglesia romana.

-Sólo el pontífice romano puede llamarse universal.

-El papa es el único hombre al que todos los príncipes besan los pies.

-Puede deponer a los emperadores.

-Nadie debe juzgarlo.

-La Iglesia romana nunca ha errado y según el testimonio de las Escrituras no errará jamás.

-No hay duda alguna de que el pontífice romano, canónicamente ordenado, es santo por los méritos del bienaventurado Pedro.

-Con la orden y el consentimiento del papa, los súbditos pueden presentar acusaciones.

-El papa puede eximir a los súbditos del juramento de fidelidad hecho a injustos.

La Historia nos ha mostrado que afortunadamente esta explosión de soberbia no tuvo efectos a corto plazo (hasta que el año 1870 el papa Pío IX se declaró infalible), pero al igual que habían hecho otros pontífices con otros monarcas y emperadores, Gregorio excomulgó al rey Enrique IV, desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad. Fue entonces cuando ocurrió lo de Canossa: Enrique tuvo que humillarse y pedir perdón al papa. La 'cuestión de las investidas' había terminado y en la práctica la libertad de la Iglesia quedaba asegurada, aunque Bonifacio VIII, trescientos años más tarde, continuaría insistiendo: "La sumisión al pontífice romano

sigue siendo para toda criatura una necesidad de salvación”.

Pero a continuación los papas se embarcaron en una aventura absurda: las cruzadas. “Si es que necesitáis sangre, mojad vuestras espadas en la sangre de los infieles”, decía el papa Urbano II a nobles y caballeros reunidos en concilio con el alto clero. La elocuencia de algunos predicadores y la ignorancia de la gente, de una religiosidad primitiva y torpe, condujeron a la muerte a miles de criaturas. Por muchas veces que se pida perdón por los estragos que se produjeron al grito de ‘¡Dios lo quiere!’, nunca serán suficientes. Aquella estupidez abrió una brecha tan profunda entre el Islam y Occidente que hoy día aún nos llaman ‘cruzados’, enemigos. Jesús se hubiera horrorizado. Por cierto, os sugiero leer

Las Cruzadas vistas por los musulmanes, del libanés Amin Malouf.

Pero sigamos. Los clérigos, me refiero a las jerarquías católicas, se empeñaron en ser fieles a la tradición de ortodoxia implacable que comenzó con Constantino. El hecho de que la Iglesia proclame ser la única que está en posesión de la Verdad no es ningún problema, se acepta o no se acepta y cada uno anda en lo suyo. Pero esa creencia va acompañada de monstruos escondidos que se ponen en marcha cuando las condiciones les son favorables: la vanidad, la soberbia, la intransigencia, la intolerancia.

De aquí a la persecución sangrienta no hay más que un paso: Inocencio III promete al rey de Francia las propiedades de los cátaros del sur si inicia una cruzada contra ellos, una guerra que

durará largos años, pero en vista de que no se logró acabar con la herejía, el papado recurrió a una nueva forma de violencia: los tribunales de la Inquisición contra los sospechosos, incluida la tortura y la petición al brazo secular para quemar a los irreductibles. “La forma en que fueron aniquilados los cátaros albigenses constituye una de las páginas más negras de la historia de la Iglesia romana” (Mircea Eliade, *Hª de las ideas religiosas, III*).

La Inquisición se extendió a casi todos los países de Europa occidental y central. Incluso las universidades nacientes están bajo su supervisión para evitar cualquier desviacionismo (el obispo Tempier, de Paris, los encuentra: condena a materialistas, aristotélicos, averroístas, epicúreos y no creyentes, todos en el mismo saco). Los Reyes Católicos llevaron la Inquisición hasta

América. En España, el último hereje fue quemado en 1826; ocho años después fue abolida. La libertad de pensamiento, de opinión y de creencias, uno de nuestros Derechos Humanos actuales, son eso, actuales, conseguidos tras siglos de intolerancia.

Pero nos hemos quedado en el siglo XIV. La Iglesia no podía imaginar lo que se estaba gestando: el Renacimiento, que con el tiempo devolvería al ser humano su importancia, distanciándolo, probablemente de un modo no consciente, de la divinidad. Pero eso vendría más tarde. Mientras tanto, ya en el siglo XV, la devoción popular va decantándose por la superstición. Es la época del demonio, de la brujería, del terror a la muerte y de las últimas herejías antes de la Reforma de Lutero. Juan Huss es quemado en la

hoguera en 1515. Luego llega el desastre del Protestantismo.

La Iglesia de Occidente, que ya se había separado de la Iglesia de Oriente, se divide, se subdivide y se vuelve a dividir en innumerables iglesias, comunidades y sectas. El cristianismo romano ya no es la única opción. Los protestantes no son corrompidos hijos separados: la fe, la piedad y el amor al prójimo siguen en ellos con la misma fuerza. Pero Jesús de Nazaret no entendería lo que está ocurriendo. Sus palabras, como las de Pablo, son interpretadas por cada grupo a su manera, lo que no sería un verdadero problema si no fuese porque los cristianos se separaban odiándose mutuamente. Las guerras religiosas, que acaban siendo también políticas, asolan toda Europa. Muchos hombres ilustrados se decantan por el racionalismo, el materialismo,

el librepensamiento. La sociedad se distancia cada vez más de la Iglesia, romana o protestante.

Estaréis pensando, llegados aquí, que me he detenido sólo en los aspectos negativos de la historia eclesiástica. Y es cierto. En alguna página anterior os contaba cuánto me fastidió el hecho de que en el Seminario nunca me hablasen del lado oscuro de la Iglesia, que por muy divino que sea su origen y por mucha solicitud que ponga el Espíritu Santo en dirigirla, está formada por seres humanos (y además, varones), y todo cuanto cae en nuestras manos puede embarrarse y distorsionarse a causa de nuestra imperfección, sin que esto signifique negar cuanto de positivo ha habido en muchos de esos humanos y sus rectas actuaciones. Ocurre en cualquier institución, sea civil o religiosa. Y estoy

convencido de que a muchos de vosotros también se os ha negado el conocimiento total de esta historia tan humana, así que comprenderéis el por qué de mi decisión. Por otra parte, cantar las glorias de la cristiandad a través de los siglos ya lo han hecho, y lo siguen haciendo, clérigos y seglares.

Aquí sólo me interesa destacar, por si alguien quiere solicitar al papa que haga un acto de contrición en nombre de la Iglesia, los innumerables, dantescos e inútiles sufrimientos que ha provocado en miles y miles de criaturas, no sólo a causa de su intransigencia, sino, también, de su ansia de poder.

Es bueno saber que la Iglesia no está exenta de errores. No se os olvide que el Concilio Vaticano II señaló claramente la situación con aque-

lla frase que casi ha pasado desapercibida: *Ec-clesia semper purificanda*, la Iglesia ha de ser constantemente purificada. Cuando éramos niños, nuestra madre biológica era un dechado de tantas perfecciones que la habíamos colocado en un podio; éramos demasiado infantiles para pensar que ella tenía sus propios problemas. Pero al tiempo que crecemos vamos descubriendo también su lado oscuro, y ella deja de ser el ángel que subimos a la peana. Pero no nos importa, una vez que hemos asumido la realidad, la dejamos en el mismo sitio. Sólo que ahora no la amamos como a un ángel, sino como a un ser humano.

Otro tanto sucede cuando llegamos al conocimiento de la historia de la Iglesia. Y creo que esto es una ganancia.

Pero la Iglesia no sólo ha estado muy presente, desde Constantino, en la sociedad europea y luego occidental, sino también en la vida privada de cada individuo. Esta es otra historia que conviene analizar con más detalle.

Todo comenzó con la sacralización de ciertos textos hasta configurar un verdadero Libro cristiano. El Nuevo Testamento se unió al Antiguo en un solo tomo y esta doble lectura se convirtió en el alimento espiritual de millones de criaturas durante generaciones y generaciones. Esta omnipresencia eclesial se irá extendiendo cuando los primeros templos cristianos comienzan a construirse hasta llegar a ser un elemento ineludible de nuestra geografía física, política y humana: iglesias, catedrales, santuarios, basílicas, oratorios, capillas, ermitas, conventos, monasterios, cartujas, abadías... No importa qué

rincón perdido entre montañas se visite o en qué páramo nos encontremos, allí habrá una ermita o una cruz de piedra o de madera en un cruce de caminos.

Las “parroquias” se establecen en cualquier lugar habitado y los fieles acuden a ellas para casarse, bautizar a sus hijos con nombres de santos, recibir la confirmación y la eucaristía, asistir a misa las fiestas de guardar y escuchar la plática del sacerdote, confesar los pecados y rezar por sus difuntos. Todos los aspectos relevantes de la vida de la comunidad están reglamentados según las pautas de la Iglesia. A todo esto debe añadirse las diversas festividades de los santos patronos (cada localidad se ha colocado bajo la protección de alguno de ellos), en las que el pueblo se reúne en la muy agradable rutina de la confraternidad y la cháchara. Esto no significa

que los cristianos fuesen modelos de rectitud, en realidad, y esto no es nada revelador, siempre hemos sido unos campeones de la doble moral.

Con el paso del tiempo aparecen los medios de comunicación y la prensa eclesial o adicta a la Iglesia (“Tenemos que estar en las portadas de los periódicos al menos una vez a la semana”, le decía Juan Pablo II a Navarro-Valls, portavoz del Vaticano), los programas de radio y televisión, estatales o privados, llevan la presencia de la religión hasta el último rincón de cualquier casa.

Pero también fuera de ellas. Monjas, frailes y curas, mormones y testigos de Jehová pasan por la calle anunciándonos, sin ellos saberlo, o asaltándonos en cualquier esquina, que la religión está ahí, y otro tanto hace el arte en todas sus facetas (cuadros, murales, esculturas, relieves,

arquitectura, música, películas). Puede decirse, con toda razón, aunque en un sentido diferente, que Dios y Jesús están en todas partes, incluidos el cine, el teatro y los escaparates. Lo sagrado es como una atmósfera mística que nos envuelve por todas partes y en todo momento. No podemos evadirnos, soslayarla o ignorarla.

Esta presencia total y tajante puede llegar a ser percibida por algunos de una forma autoritaria que inquieta, intimida y provoca. El hijo acaba por impacientarse de los sermones de papá y mamá. De ahí a marcharse de casa no hay más que un paso. Por supuesto, no todos los hijos toman una decisión tan drástica, pero esa omnipresencia clerical puede ir socavando con sutiles harturas los recovecos mentales de algunas personas, y quedan ahí, como expectantes, dispuestas a dispararse cuando las circunstancias

les sean propicias. Así, esta es mi teoría, se pueden explicar desmesuras tales como la quema de iglesias y el asesinato de religiosos por parte de personas hasta ese momento templadas, discretas y normales. Estas serían reacciones extremas, porque, como acabo de decir, los hijos templados y discretos no asesinan a sus padres sobreprotectores, sencillamente se van de casa.

Como incrédulo apasionado por la aventura humana de la religiosidad, y también como admirador de ese Jesús que predica la llegada de un reino que debía trastocar todos los esquemas humanos, una aspiración que todos los utópicos compartimos, no tengo más remedio que sentirme traicionado ante una institución que ha echado raíces profundas en este mundo y ha sido incapaz de hacer algo más por el Reino (quiero

decir: decisivo, trascendental, terminante) que ocuparse de los herejes, las excomuniones y la moral, y siempre de forma intransigente. Aunque tal vez la Iglesia no sea culpable de nada, tal vez la Iglesia, como toda institución humana, está condenada a desarrollarse al albur de las corrientes de la Historia. Personalmente no me importaría en absoluto, sólo le pediría que no se apropie ni se vanaglorie del nombre de Jesús. No le pertenece en exclusiva.

-o0o-

AGRADECIMIENTOS

Esta carta no se hubiera podido escribir sin el respaldo que he encontrado en el trabajo de muchas personas. Por ejemplo:

Estoy en deuda con don José Antonio Marina, filósofo, profesor y escritor prolífico, algunas de cuyas ideas me he apropiado aunque no las cite expresamente como suyas

Mi agradecimiento también a don Antonio Piñero, catedrático especializado en Lengua y Literatura del Cristianismo primitivo, que tuvo la amabilidad de leer el "apéndice prometido" en busca de errores o despistes.

Tampoco sería justo olvidar a todos aquellos otros autores (historiadores, especialistas en historia de las religiones, teólogos, biblistas, etc, etc), cuyos libros me han permitido redactar esta carta dando la impresión de ser un erudito, algo a todas luces erróneo.